Mundo Argentino



Las bellezas del cine: MARION DAVIES

Nº 879

10 centavos en toda la República

"La mujer que renunció al amor", "De la laguna al cabaret", "Flora y fauna curialescas", "La sirvienta callada", "La crueldad con los niños"



Don Fermín

POR DANTE QUINTERNO



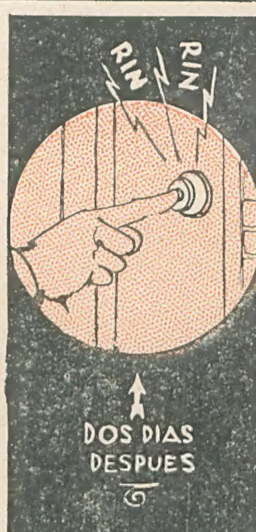








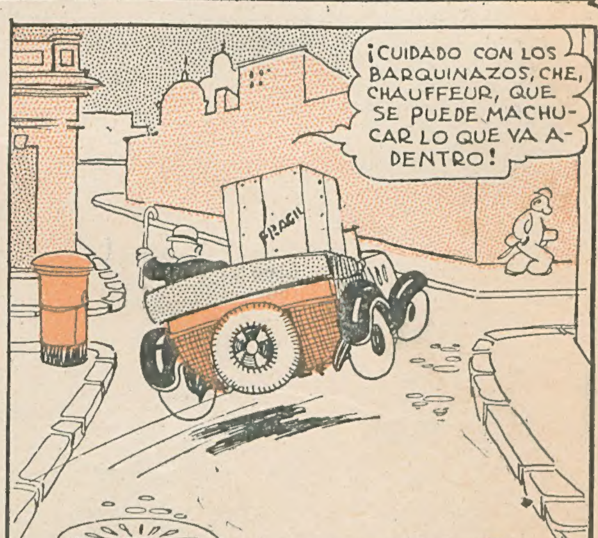


















Mundo Argentino

APARECE LOS MIERCOLES
SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA EN LA AMERICA DEL SUR

Redacción y Administración: RIO DE JANEIRO, 262
U. T. 60 Caballito, 1021, 1022, 1023
Dirección Teleg.: "Senyah"

Oficina Central para Avisos y Subscripciones
AV. DE MAYO, 749 - 5º Piso
U. T. 37, Rivadavia, 0962
BUENOS AIRES



REPRESENTANTES EN EL EXTERIOR. — En Inglaterra: E. J. Parker, Ltda. 429 Strand. Londres, W. C. En los Estados Unidos: S. S. Koppe y Cía., Inc. Times, Building, Nueva York.

AVISOS DEL EXTERIOR.—Se aceptan avisos de cualquier Agencia o Agente de Publicidad de buena reputación. No se acuerdan representaciones exclusivas. La Administración atiende todo pedido de ejemplares y tarifas.

AÑO XVII — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE 23 DE 1927 — NÚM. 879

Notas de la semana

La gran ciudad "donde la gente no sabe caminar"

¿Cuál es el motivo porque Buenos Aires es una gran ciudad de gentes que "no saben caminar en las calles" y por el que las ordenanzas de tráfico sean, a menudo, letra muerta? El poco respeto del público a la palabra de la autoridad, en forma de ordenanzas o de experiencias. Centenares de casos concretos pueden citarse. En el centro existen, en la calzada, grandes rayas blancas en las bocacalles, destinadas a servir de límite a vehículos y peatones mientras el tráfico está cerrado. ¿Se han respetado, siquiera? Jamás.

Indudablemente, hay que lamentar tal espíritu de indisciplina que caracteriza a Buenos Aires, ciudad en la que es imposible formar una "cola" en cualquier boletería y en la que cada uno camina como quiere en las arterias de mayor tráfico. Lo que en otras ciudades se ha conseguido, hasta el punto de quedarnos maravillados, es obra más que de la psicología de sus habitantes, del grado de autoridad con que han sabido imponerse las reglamentaciones que, luego, se hacen costumbre.

Autoridad hemos dicho; autoridad es, precisamente, lo que ha faltado y falta. Experiencias continuas, anular hoy lo que se aprobó mañana y vuelve a restablecerse pasado mañana; conflictos en materia de tráfico entre Policía y Municipalidad; medidas que han de ser inmediatamente burladas con la tolerancia de quienes están obligados a hacerlas cumplir, todo revela el porqué de la indisciplina profunda. Ya se sabe, pues, dónde hay que buscar el origen.

"La escuela del papagayo", o una alusión de doble filo

Una personalidad muy conocida en el mundo pedagógico argentino, de regreso de un viaje de estudio por los países europeos, declaró que lo que más le había sorprendido era comprobar cómo la instrucción pública se desarrolla en los países más adelantados "sin necesidad de continuos ensayos y experiencias, como la nuestra".

Efectivamente, el asombro es motivado. En realidad, debía asombrarnos lo contrario, el pensar cómo seguimos estudiando todavía el modo de llegar al plan teórico y perfecto en la educación. El defecto data de muy antiguo, y acentúase. La mentalidad del maestro va haciéndose más teórica y partidaria del último sistema de experimentación. Las autoridades de la Instrucción Pública son las que dan el ejemplo ordenando nuevos formulismos en la vida escolar o la creación de gabinetes de experiencias... ¡psicotécnicas!

Precisamente, al día siguiente a esas declaraciones, en una reunión de maestros de la capital, se exaltó el amor a la investigación continua y se ridiculizó, apoyándose en un apólogo de Tagore, a la que se llamó "la escuela del papagayo". El papagayo, en buena cuenta, viene a ser la escuela del que repite lo que se le enseña. Evidentemente, no vamos a hacer profesión de reaccionarismo ni a quedarnos con la escuela del papagayo, pero en medio de tal desconcierto de voces, de teorías, de opiniones, de ensayos y de estudios, faltaría saber quién es, en realidad, el papagayo...

Si nada significan para nosotros, las camisas negras son un disfraz

El fascismo en la Argentina es una planta exótica de difícil aclimatación, felizmente. Para valorar nuestra grande y sincera estimación que aquí sentimos por Italia, no es necesario vestirla con la negra camisa de los adeptos de Mussolini. Admiramos y queremos a Italia por lo que es, por lo que significa para nosotros, por el generoso contingente de su trabajo y de su cultura en nuestra vida. Y por ese mismo amor a Italia no vemos con tolerancia ciertos afanes de exhibicionismo contraproducente: en el homenje al ejército, en Mendoza, se presentaron los fascistas italianos residentes allí profiriendo "alalás" y vestidos con las negras camisas.

No exageramos al decir que esas manchas negras eran inútiles en tal marco. Si no admitimos el fascismo ni siquiera ideológicamente en una posible aplicación de sus principios a la Argentina, tampoco podemos admitir la presencia de uniformes que nada dicen al sentimiento nacional.

El afán de exhibicionismo caracteriza al fascismo. ¿No se presentó el embajador Giurati, hace pocos años, vestido de fascista en la Casa Rosada ante la más unánime censura? Es un uniforme "político" en tierra extraña, distinto al uniforme de un soldado. No se le puede tolerar, por tanto. Careciendo de significado para nosotros, tales camisas negras son un disfraz, o una mascarada. Eso es todo.

No basta defender a la maternidad dando consejos científicos

Acaba de celebrarse en la Capital la llamada "Semana del Nene", de tan simpática finalidad: la de inculcar no sólo el respeto y la atención debida a la maternidad, sino difundir las reglas de higiene y de salud que aseguran un mínimo coeficiente de la mortalidad en los recién nacidos.

No está dicho todo sobre un tema tan importante, ni creemos que con "Semanas del Nene" o "Días de la Madre" se estudie, siquiera, el modo de remediar uno de los problemas sociales más urgentes. Todo depende del modo de enfocarlo. Los nobles esfuerzos realizados en la campaña en defensa de la maternidad y del niño limitan su acción a la higiene o al aspecto más técnico del problema.

Protejamos a la maternidad, sí, pero ¡existe todo un otro punto de vista olvidado!: el aspecto "social" del mismo problema. A diario podemos contemplarlo en las mil y una injusticias contra la madre: la obrera expulsada de su trabajo en tiendas y empresas respetabilísimas; el problema de alquilar casas para las familias con niños; los prejuicios que aún convierten en delito el acto de ser madre. Contra esto se debe combatir.

¿Discursos de recepción diplomática o compendios de lugares comunes?

La experiencia ha demostrado ya que para apreciar el verdadero grado de mutua estimación que se tienen dos naciones no puede servir de medida la literatura de los discursos. La nueva diplomacia del mundo, menos fundamentada en adjetivos y más en realidades o en vinculaciones efectivas de orden comercial, tiende a restringir, en lo posible, viejas fórmulas que ahogaban en un sinfín de protocolo y etiquetas, los actos más sencillos.

Se ha llegado entre nosotros a suprimir la espectacular ceremonia que significaba el recibimiento de todo nuevo diplomático en la Casa Rosada, simplificándola hasta sus verdaderas proporciones de la entrega de las cartas de retiro del diplomático predecesor y el nombramiento del nuevo. Podía simplificarse más todavía, pues queda el capítulo de los discursos, que aún no se ha tocado.

Esos discursos debían suprimirse, o acortarse, por lo menos. Por regla general, tanto de parte de los diplomáticos como de nuestro Gobierno, esas piezas oratorias no son otra cosa que depósitos de vulgaridades y de lugares comunes.

Iniciativa laudable: la Biblioteca en busca del pueblo

El pueblo no va hacia la Biblioteca. Dista mucho nuestra Biblioteca Nacional, o las bibliotecas principales, de ser acogedoras y gratas. Su misma impotencia de instituciones oficiales o la severidad de sus reglamentos, capaz de fulminar al desprevenido lector si prende un cigarrillo o si penetra a la sala con un bastón en la mano, ahuyenta al pueblo. La clientela de la Biblioteca Nacional lo comprueba. Es escasa. No figura en ella el trabajador obrero y al lado de estudiantes, el rarísimo lector que va a aprender pasada la edad escolar, o el frecuente ocioso especialista en revistas o lectura ligera.

Si el pueblo no va hacia la Biblioteca, la biblioteca debe buscar al pueblo. Eso no lo hará jamás la Biblioteca Nacional, aferrada a sus reglamentos y a su falta de confianza hacia el lector. Mientras las grandes bibliotecas mundiales permiten llevar ciertos libros a las casas, en la nuestra se ve en cada lector a un posible delincuente.

Alabemos, por tanto, los intentos de formar Bibliotecas Populares, como la "Miguel Cané", recientemente inaugurada a iniciativa municipal, como las bibliotecas que se establecerán en parques y paseos. Lentamente realizarán una labor utilísima. Poco a poco se vencerán los tropiezos del comienzo, y la obra, en la que colaboran tantos generosos entusiasmos, empezará a dar sus frutos justificando su finalidad.

Espectáculo poco edificante para una ciudad moderna

Ciertas incidencias de la vida política en el seno de la Municipalidad de Bahía Blanca tuvieron algo más que trascendencia local. La lucha de su Concejo contra el Departamento Ejecutivo, la paralización de importantes servicios públicos por causa de la política; el vacío a la iniciativa del partido contrario, fué comentado a su debido tiempo.

Lo que no se sabe, en cambio, es que el descuido edilicio ha llegado hasta a ofrecer a la ciudad una nota macabra indigna de su progreso y de su cultura. Nos referimos al medio centenar de ataúdes depositados en el cementerio local a la espera de que estén listos los nichos en que deben ser ubicados, y cuya construcción fué autorizada, votándose la partida respectiva.

Desde Bahía Blanca llegan voces de protesta, y es que hay circunstancias en que deben exhibirse, para ser objeto del comentario que merecen, esas anomalías imperdonables de la administración municipal. Dentro de la lentitud oficial se dirá, quizá, que la construcción de los nichos no exige apuro, pues los muertos pueden esperar. Puede que sea aquel el criterio de la Municipalidad de Bahía Blanca. Pesan más, no obstante, las más elementales conveniencias de decoro público y de higiene.

LOS PRIMEROS CALORES Y LAS ÚLTIMAS ILUSIONES



— ¿Me dejará Nicanor vestir un traje como éste?



Especulaciones que perjudican al país y a los agricultores

Por Fidel Acuña

MEJORE la calidad de sus semillas: le costará poco. Así mejorará la calidad de sus productos y ganará mucho." "Siembre más y mejor. Cada centavo de más en el costo de la siembra se multiplica en pesos en el beneficio de la cosecha."

Estas leyendas y otras parecidas fueron profusamente difundidas hace algunos años en letreros, prospectos, carteles, circulares y folletos, entre los agricultores de nuestra capaña, por el Ministerio de Agricultura, en una intensa propaganda que éste realizó en favor del mejoramiento de la nuestra producción cerealista.

Y nuestros agricultores, con ese excelente espíritu progresista que los caracteriza, no hicieron oídos sordos a la prédica oficial bienintencionada. Reconocían la bondad de la obra, doblemente interesante, por el beneficio particular que le reportaría a cada colono el aumentar las ganancias valorizando sus productos, y por el beneficio general que significaría para el país el acreditar su producción en los mercados extranjeros.

Así, pues, obraron en consecuencia. Seleccionaron las semillas de sus siembras, y aumentaron la superficie de sus cultivos. Más aún: adoptaron nuevos métodos de trabajo; renovaron y modernizaron sus procedimientos. Para todo lo cual hubieron de efectuar mayores desembolsos que los habituales. Las semillas les costaron más caras, naturalmente, y las máquinas había que pagarlas. Pero todo eso tendría su compensación: las cosechas aumentaron su rendimiento y los productos mejoraron notablemente. La tierra, generosa y noble como siempre, recompensó el esfuerzo de los entusiastas colonos, brindándoles espléndidos frutos en pago de su labor.

Mas, como suele ocurrir con frecuencia, la generosidad de la tierra vino a chocar contra el egoísmo de los hombres. La sórdida avaricia de los especuladores arrebató a los colonos el premio de sus sudores, aprovechando la suculenta ganancia, sin que el gobierno ni las autoridades que deben velar por los intereses de los productores, interpusieran su poder para evitar el despojo.

Las cosechas han mejorado en forma evidente. Pero, a pesar de ello, nuestros cereales, y, en especial, el trigo, no aumentaron su valor en proporción a ese mejoramiento, de manera tal que los agricultores han visto frustrada la compensación que tenían esperanza de lograr y derecho de reclamar.

Porque el trigo argentino que se exporta es "trigo mezclado"; es una mezcla de buena y mala calidad, cuyo resultado da un trigo mediocre que es el que más conviene a los especuladores de la exportación, quienes, de ese modo, lucran a costa de los agricultores, que en balde trabajan y se esmeran por mejorar la producción, y lucran a costa del país, también, desvalorizando y desprestigiando sus principales elementos de riqueza.

A todo esto, el Ministerio de Agricultura, es decir, el mismo Ministerio que hace algunos años propendiera en forma eficaz al mejoramiento de nuestra producción agrícola, permanece impasible, cruzado de brazos, encogiéndose de hombros, indiferente al clamor de nuestros colonos defraudados.

En los mercados extranjeros, el trigo y los cereales argentinos no han mejorado el concepto que merecían antes de su notable progreso de calidad. ¿A qué se debe esto? ¿A que los extranjeros no lo saben apreciar o a que no lo quieren reconocer?... No. Nada de eso. Lo que ocurre es que, a pesar de que nuestra producción ha mejorado visiblemente en los últimos años, el trigo argentino que se exporta actualmente está por debajo de la calidad del que se produce en general en nuestros campos. Porque el trigo argentino que se exporta no es de una calidad uniforme, pues antes de embarcarlo, debe sufrir las manipulaciones ilícitas a que lo someten algunos exportadores para aumentar su margen de ganancia.

Sus empleados, esos empleados que forman parte de la carga pública de la nación, a cuyo sostenimiento contribuyen los colonos y agricultores con su trabajo, y que están encargados de proteger la riqueza nacional contra los procedimientos ilícitos de los especuladores, han tenido oportunidad, sin duda alguna, en múltiples ocasiones, de presenciar esos manipuleos que se realizan en el puerto y en los galpones, a la vista y paciencia de todo el mundo, y sin embargo, nada han dicho ni nada han hecho para evitar o para penar esos atentados contra nuestra economía y nuestro comercio.

Esa indiferencia de los poderes públicos, que es, en cierto modo, una complicidad culpable, es tanto más digna de condenación, cuanto que no solamente implica negligencia y olvido de los más elementales deberes de honestidad en sus funciones, y una tacha antipatriótica para sus conciencias, sino que, además, cobra una trascendencia incalculable por las perjudiciales consecuencias que puede provocar al desanimar a los agricultores, predisponiéndolos al desaliento, y, desde luego, en contra de cualquier iniciativa análoga a las ya propiciadas; en tanto que, para los especuladores, esa inconducta oficial constituye una impunidad que los estimula a proseguir en sus censurables maquinaciones.

Lo peor es que no es ésta la primera ni la única falta en que incurre el Ministerio de Agricultura para con aquellos que debería proteger, siquiera fuese por gratitud, ya que los agricultores son los que con mayor eficacia trabajan y propulsan el progreso del país. No. Es "una más"... a agregarse a la serie ya numerosa de las que se vienen sucediendo continuamente y sumándose en el transcurso de los años. Algo parecido a lo que hoy nos ocupa ocurrió ya anteriormente con motivo de la famosa campaña oficial en pro del cultivo del algodón, cuando, después de haber inducido a los agricultores a invertir todo su dinero y su crédito en ese cultivo, al llegar la hora de recoger los frutos, mientras los chacareros imploraban la ayuda del gobierno para proporcionarles brazos que les levantaran la cosecha...., el Ministerio los dejó en la estacada, y tuvieron que arreglarse como pudieron. De esa manera les pagó el gobierno a quienes se apresuraron a seguir sus consejos, respondiendo al "patriótico llamado" que les hiciera con su propaganda.

Y así siempre. Lo mismo en el problema de los arrendamientos que en el de las bolsas, en el de las semillas, en el de los préstamos del Banco de la Nación, en el de los vagones, etc., la nota ingrata se repite eternamente con los mismos caracteres invariables de desidia y de inconsecuencia.

Frente a esta absurda política de nuestros gobiernos, es el caso de preguntarse si éstos creen que a los agricultores se les hace un gran favor al permitirles que trabajen nuestro suelo. Y es el caso de advertirles, también, a esos hombres de gobierno que, al defender los intereses de una clase tan importante y numerosa como la de los agricultores y trabajadores rurales, protegiéndolos contra las maniobras de los especuladores, más que el interés particular de esos trabajadores, se defienden las conveniencias del país en general, que, al fin, es siempre el más perjudicado cuando se trata de lucrar con especulaciones con visos de dudosa legalidad.

SOBRE LA CARIDAD

POR KROPOTKINE

Tan falsas son las nociones que tenemos de lo bueno y de lo malo, que son muchos, casi todos, los hombres que imaginan que la caridad es una acción poco menos que santa, que enaltece al que la hace y honra al que la recibe.

La caridad, tal como se practica, es sencillamente un crimen social. Es una indignidad del que la hace, una bajeza del que la acepta.

¿Cómo es posible que, siendo todos iguales, pueda un hombre morirse de hambre y otro hombre reventar de harto? La tierra no existe para una clase determinada de hombres, sino para todos. Para todos, pues, han de ser sus frutos. Si algunos los acaparan, es faltando a toda equidad y justicia.

Hay quienes cantan las alabanzas de la caridad a fin de pasarse la vida en perpetua holganza y elogian la mansedumbre por miedo a que la ira justa del pueblo estalle un día.

Hay también quienes reparten algunas limosnas, no por lástima ni amor hacia el prójimo, sino para evitar que ante el hambre se rebelen los desdichados.

En una sociedad bien organizada no existirá la caridad, esa ignominia de nuestros tiempos y de las épocas pasadas.

La sirvienta callada

Dib. de Quinterno

Por **Herminia C. Brumana**

Existen muchas vidas silenciosas, calladas, que pasan a nuestro lado como sombras, y pensamos que son felices en su existencia gris y uniforme, ignorando que algunas de ellas ocultan un drama que el día menos pensado se convierte en tragedia.

TENGO las manos como un serrucho; yo no lavo más los patios.

—¡Vos, que sos una mocosa y tenés tantas pretensiones, yo tampoco los lavo, ni el zaguán ni nada. ¡Linda estaría para mi casamiento si sigo fregando así!...

—Y yo menos. Me da vergüenza salir todas las mañanas con el tacho de la basura, y después, estar limpiando el mármol, la vereda... Se acabó, yo no lo hago más; ¡ya soy grande!

Y cansada la madre de oír diariamente esta discusión entre sus dos hijas, pensó seriamente en que urgía tomar sirvienta.

Cierto que el presupuesto familiar no daba para ese lujo, pero ya sabría la madre economizar de lo necesario — quizá hasta de lo imprescindible — para cubrir ese nuevo gasto.

La mayor de las chicas, Dorila, estaba comprometida con un empleado de banco, y eso colmaba las aspiraciones de la familia a tal punto, que desde el noviazgo Dorila estaba de hecho desligada de todo trabajo más o menos plebeyo. Entre estos se contaban la limpieza de la cocina, los patios, el zaguán, la vereda...

Laura, por su parte, con sus diez y ocho años y sus muchas pretensiones, tampoco se avenía a realizar estos quehaceres. No era tampoco "decente" que en el barrio vieran a la madre de rodillas pasando el trapo al mármol o baldeando la vereda.

Quedaba de la familia únicamente el padre, y aunque éste lo hubiera hecho si la mujer y las hijas lo mandaban, no creyeron ellas fuera el más indicado para tales menesteres.

Descartado entonces el último miembro de la familia y tras largas deliberaciones, se resolvió tomar sirvienta.

—Una muchacha barata, de esas recién venidas — opinaba Dorila.

—Sí, sí — decía la madre, no convencida aún; — es que hay que confesar, además del sueldo, lo que come...

—Pero, mamá, yo le cedo mi parte — gritaba Laura, entusiasmada, sin acordarse que para sus diez y ocho años llenos de vida no le bastaba nunca la comida que le tocaba en suerte. — Bueno — añadió rápidamente,—no se hable más; voy a lo de la colocadora Irene a encargarle.

Y salió corriendo.

La colocadora Irene vivía en la misma manzana, y era casi amiga de la casa. Pero en trance de ir a buscar sirvienta, Laura pensaba que podía ponerse a tono con la circunstancia y olvidar ese conocimiento, casi amistad, que no quedaba bien para señoritas de *su actual categoría*.

En el camino pensó cómo pediría sirvienta:

—De parte de la señora de Artigas, 98, que mande una sirvienta...

Nada de saludos con Irene ni nada de confianza.

Pero cuando llegó, Irene mismo salió a recibirla.

—¿Cómo te va, Laurita? ¿Venís a visitarme? Ayer me encontré con tu mamá en la feria y le ayudé a traer la canasta con la verdura. ¿No te dijo?

Laurita optó por esbozar una sonrisa, pero el despecho se la transformó en mueca. Sin embargo, estaba desarmada; ¿cómo darse importancia ahora con quien la conocía tanto?

Como pudo, y, naturalmente, cambiando por completo la frase ideada, manifestó el objeto de su visita.

Grandes exclamaciones de Irene:

—¡Caray, che, que progresa la gente! ¿Conque sirvienta? Bueno, bueno; y ¿de qué sueldo, más o menos? — agregó, mirándola detenidamente.

Laurita sintió cómo se ponía roja hasta la "punta de los pelos". Y decidió entonces bajar la voz y ponerse en tono casi confidencial...

—Una muchacha barata, ¿sabe? Para las cosas principales... Nosotras le ayudamos adentro... Una recién venida...

Irene la interrumpió:

—Mirá, che: casualmente hoy vino a ofrecerse una que es de afuera, de Pergamino, creo que dijo. Esa les va a convenir; no se ha colocado nunca, quiere una casa con poco trabajo, y parece muchacha seria.

Y al día siguiente se presentó a la familia.

La señora de la casa se dispuso a tratar:

—¿Y cuánto quiere ganar?

Dorila y Laura esperaron ansiosas la respuesta.

Pero la muchacha repuso:

—Lo que a usted le parezca, lo que usted acostumbre a pagar.

—Es que no hemos tenido sirvienta...

Se le escapó la frase sin pensar a la bueseñora, y las hijas la fulminaron con la mirada. Laura, rápida como el pensamiento salvó la situación diciendo:

—Como hasta ahora vivíamos en pensión...

La sirvienta no pareció importarle gran cosa la aclaración, y dijo:



—NO... —Y VACILÓ; LUEGO, EN UN ESFUERZO: —NO IMPORTA; TENGO POCA ROPA..., NO TENGO MÁS ROPA...

—Yo no he estado colocada; así que no me importa ganar poco, si no es mucho el trabajo...

Convinieron el sueldo.

—Puede venir desde mañana; así se trae la ropa...

Entonces la muchacha, tímidamente:

—Si la señora quiere, yo me puedo quedar desde hoy y empezamos el mes desde mañana...

—Yo decía para que trajera su ropa...

—No... —y vaciló; luego, en un esfuerzo: — no importa; tengo poca ropa... No tengo más ropa... Voy a escribir para que me traiga algo... mi cuñado.

Lo dijo en tono extraño, pero las chicas estaban tan contentas con tener sirvienta, que no les llamó la atención.

Le arreglaron una mala cama en la piecita de arriba, llena de cachivaches y plagada de lauchas.

La misma tarde la sirvienta puso una carta en el buzón.

A la mañana siguiente, un hombre joven, de aspecto sencillo, estuvo largo rato hablando con ella en el zaguán. Cuando entró Josefina — la sirvienta, — parecía nerviosa, inquieta. Dijo que la visita era de su cuñado, y que su hermana no estaba conforme con que se hubiera colocado, pero que ella veía que en su casa precisaban y se había decidido a servir.

De la ropa no dió explicaciones y nadie le dijo nada.

Durante la semana Josefina se granjeó la simpatía de sus patronas.

Era trabajadora, prolija, y cuando, con delantal blanco, servía el te a las visitas, tenía todos los aires de mucama fina.

Cocinaba bien, hasta sabía coser, y se ofreció a ayudar a las niñas en la reforma de vestidos. Lo único que le disgustaba era hacer mandados. Hacía lo posible por no salir, y cuando era preciso ir a la calle, pagaba de sus monedas al primer chico para que la reemplazara en el encargo.

Eso sí: toda la tarde del domingo la tenía libre. Desde temprano, lista ya su tarea, esperaba. El cuñado llegaba a buscarla y se iban los dos, apresurados, sin hablar, uno detrás de otro, hasta tomar el primer tranvía de la esquina.

Regresaba exactamente a la hora fijada y contestaba con monosílabos a las preguntas de las niñas y la señora de la casa.

Después, toda una semana de trabajo paciente, prolijo, continuo.

Cuando la conocí, me llamó la atención su silencio. No se oía nunca ni hacía ruido alguno al hacer sus trabajos.

—Pero una sirvienta que no cante, ¡es una maravilla! — dije admirada a Laurita.

—Y que todo lo haga con tan buena voluntad, tan prolijamente — añadió la señora de la casa.

La observé todas las veces que fuí de visita y siempre encontré en Josefina la misma serena expresión, la misma delicadeza en sus maneras.

Pero eso sí: novelera "au trance", creí hallar en la discreción de Josefina el arranque de una tragedia, de un drama...

Se rieron las muchachas.

—¿Drama de amor? — rió Dorila. — Con esa cara que tiene, no sé cómo... Ni sabe lo que es un novio.

Y, efectivamente, cuando las chicas le daban bromas con alguno de los proveedores, ella evadía la conversación y se encerraba en su mutismo o asombraba con su ingenuidad.

—¿Y su cuñadito no será "un primo"? — le dijo a boca de jarro Laurita una vez.

Yo, que también tenía la misma sospecha, la observé cuando contestó. Serenamente, con la más absoluta seguridad, explicó que su cuñado venía a buscarla para visitar a su hermana, que estaba enferma en el hospital. Iban juntos porque ella, como era del campo, no sabía andar sola en Buenos Aires. No se habló más del asunto, pero yo pensaba a veces en esa extraña muchacha cuya edad indefinida — a veces parecía diez y ocho años y otras veces representaba treinta — y su manera, silenciosa me la hacían interesante.

AYER volví a la casa de las chicas. Me recibieron casi a gritos, hablando las dos a la vez y peleándose con la madre, que también me quería explicar:

—Pero, ¿no te enteraste? ¡Buena pieza nos salió la Josefina esa!...

—Por nada le veías vos cara de misterio...

—¡Algo que no te puedes imaginar! Todo el barrio asustado, la policía en casa... ¡En fin!

Les rogué que me explicaran por partes, una sola, pero no conseguí una exposición ordenada.

Dorila empezó a contarme:

—El jueves a la tardecita oímos golpear fuerte en la cancel. Como Josefina estaba adentro ocupada y yo ahí en el vestíbulo, abrí. Un hombre joven — buen mozo también — me preguntó por Josefina, y añadió que quería hablar con ella. Desde el patio la llamé: "Ahí la buscan, Josefina." Y agregué, sonriendo: "Un buen mozo." Me pareció que apretaba los labios. Yo la seguí con la mirada, y luego, desde el vestíbulo, los oí hablar en el zaguán. Es decir, oía la voz del hombre, que por momentos subía de tono. Al ratito, Josefina abrió la cancel y me avisó:

"Niña Dorila, voy hasta la esquina; en seguida vuelvo.

"Salieron, y a los diez minutos oí dos tiros. No sé por qué extraña asociación de ideas, pensé en Josefina, y corrí a la puerta. ¡Ya estaba medio barrio en la calle y en la esquina la sirvienta herida y el hombre muerto!

Dorila evoca con horror el cuadro, y se estremece.

—Pero, ¿quién?, ¿un novio? — inquiero precipitadamente.

—¡El marido, el marido! — me responden las tres mujeres.

Y en seguida:

—¿Te das cuenta qué firma? Era casada, casada con ese buen mozo, dueño de un almacencito de Pergamino. Ella hasta tenía una chica para ayudarle. El "cuñado" no era tal cuñado, sino un dependiente del almacén que la enamoró. Se vino a Buenos Aires, y ella lo siguió, abandonando su hogar.

Interrumpo con orgullo:

—¡Ha visto que yo le notaba algo misterioso?

—Cierto; pero, ¿quién iba a pensar? Y luego, siguiendo el relato:

—Parece que el marido no podía vivir sin ella; la buscó, y esa tarde vino a rogarle que volviera. Ella se negó y él la intentó matar. Al verla caer, la creyó muerta, y ahí mismo se suicidó.

—Una pena; un hombre lindo, lo que se llama un buen mozo — comentaba Laurita.

—Por una poquita cosa de ésas... — añadía la madre.

El domingo siguiente fuí a verla al hospital. No me guiaba la compasión por la pobre herida, sino mi afán novelero de desentrañar casos, de hurgar almas...

Josefina no comentó una palabra del hecho, y a mis preguntas respondía evasivamente.

Regresé a mi casa, y en el camino mi imaginación tejió y destejió mil suposiciones...

"No podía negarse; era una valiente mujer, una enamorada mujer que dejó su bienestar por seguir su amor... Era una mujer, toda una mujer..."

Y mi pobre e inquieta imaginación de novelera me torturó todo el camino, y después esa noche me angustió, me martirizó...

Al fin no era para tanto..., pero yo no podía evitarlo.

Fauna y flora curialescas

Dibujos de González Fossat — Por **Pietro Ramini**

EL doctor Mario Bravo grita desde su banca de senador: "Hay que saber lo que pasa en la casa o templo de la diosa Temis." Y yo, que aún creo en las virtudes parlamentarias, me digo: cuando un senador grita, es porque algo sucede; y constituyendo para mí una gran



novedad conocer las reconditeces de tal augusta mansión, me encamino, "patitas andando", hacia la plaza Lavalle.

Llego a eso de las catorce horas, como se dice en lenguaje forense, y, de acuerdo con el método que sigue el mundo masculino cuando observa a una dama, el primer vistazo fué para las exterioridades: "dime dónde habitas y te diré quién eres".

Llegué, pues, a la plaza, me plantifiqué frente al portalón central, giré sobre mi derecha, seguí por Tucumán, por Uruguay, retrocedí por Lavalle y de nuevo me plantifiqué frente al portalón, mientras me preguntaba: "a qué estilo pertenece esta imponente mole?"

Quiero ahorrarle al lector el formidable trabajo mental que hice para poder sintetizar mis impresiones en esta frase: el Palacio me sugiere la imagen de la famosa Cleopatra, con un sombrero a lo Margarita de Valois. Me explico que alguien a mi espalda dijo: "El arquitecto Maillard, autor de los planos, al regresar de un viaje a Europa, quiso extasiarse ante su obra, en vía de terminarse, y al ver semejante sombrero, nunca imaginado por él, se metió en cama, y ya no se levantó. Dicen que murió de pena."

Haciendo a un lado este antecedente funerario, me convierto en adepto de Panurgo y sigo a los que enfilan el portalón, que se cuentan por centenares. Un haz de formidables columnas, columnas de metro y medio cuadrado de base, me impide abarcar en una mirada la majestad interna. ¿Dónde estará la moradora de este castillo? ¡Señora Temis, señora Temis!, grito a derecha e izquierda; pero viendo que nadie me contesta, sigo a una tanda de individuos que con sendos expedientes se introducen en las "jaulas ascensoriales". Éstos — digo — conocen el camino, y me servirán de guía. Me introduzco en el ascensor, y allí oigo:

—Tercero, derecha sobre Lavalle; cuarto, izquierda, sobre Tucumán; quinto, centro; sexto, sobre Uruguay... Al término del viaje, los "ascensoriales" se dispersan, y yo me pregunto: ¿A quién sigo? ¿Quién me conducirá al nicho de la diosa? Me aventuro por el primer corredor que se me cruza al paso, y allí, a derecha e izquierda, pesco: civil, comercial, criminal, federal; vista al fiscal y vuelva al asesor; recuse, apele, rabie... A los cinco minutos me siento deliciosamente "groggy", y antes de medir con mi cuerpo el mosaico, veo un ascensor que amaga la bajada, me introduzco de un brinco, y salgo a la disparada hacia la plaza, en busca de aire vivificante.

II

EN la tarea de buscar "nueva orientación" estaba, cuando de manos a boca me topé con mi amigo Rodríguez Chairo.

— ¿Por aquí?

— Por aquí.

— ¿En busca...?

— De Temis, que según el doctor Bravo, tan a mal traer la tienen en esta casa.

Rodríguez Chairo arrugó la nariz, y me contestó:

— En el fugaz período "muchacheril" fuí pinche de este palacio, así es que si puedo serte útil...

— ¿Pinche? ¿Qué quiere decir? ¿Qué misión desempeña en esta casa?

— El pinche es como el Fígaro del "Barbiere": largo al *factotum*. Se inicia *pinchando* y concluye *fallando* los expedientes. Comienza por abrir la oficina, más o menos a las doce; si los compañeros son remolones, atiende a los litigantes madrugadores; si el oficial primero "pierde el ómnibus", extiende las "providencias de trámite"; si el secretario se enferma, cosa que sucede muy a menudo, toma las audiencias, si el juez tiene clase o está preparando un estudio sobre Tupac Amarú o la evolución del derecho en tiempos del rey Sabanardupal, despacha los asuntos urgentes.

— Todo eso será — le contesté — muy interesante para los que aspiran al pincherismo, pero lo que a mí me interesa de inmediato es conocer, palpar, si cabe, los magullones que según el doctor Bravo, se le infieren a la dueña o señora de esta casa.

— Tu propósito — me contestó — resulta demasiado pretensioso para quien no sabe utilizar el microscopio judicial. Para que tu curiosidad no salga del todo defraudada, conténtate con lo que podamos pescar en la periferia, como quien dice, en las escamas de la justicia.

Esto diciendo, me arrastró hacia uno de los quince o veinte cafés que atrincheran el Palacio, y en donde se resuelven infinidad de peliagudos "casos", que luego se concretan en la inocente blancura del papel sellado.

— ¿Ves — me dice, indicando una mesa donde un señor entrecano con cuello palomita y lustrosa galera del noventa, con las gafas en la punta de la nariz, — "largo plumea"? Pues ese señor es un vigilante censor de las costumbres públicas y gran fomentador de nuestra raza. Parece miope, y es un gran lince. A la una de la tarde "cae" al pasito y tiende sus redes en la misma esquina. Atisba los tranvías, los autos, a lo largo de las aceras, y en cuanto vislumbra una parejita que contempla, medrosa, la mole arquitectónica, se acerca con esa untuosidad que infunde la experiencia, y se va derecho al humo:

"— ¿Ustedes quieren casarse, no es cierto?

"— Justamente...

"— Pero como son menores, y su papá — le dice a ella — se opone, porque dice que este lindo muchacho no cuenta más que con los días y las noches...

"— Es cierto, señor—contesta la interpelada. — Pero, ¿cómo lo sabe usted?

"Él no lo sabe; pero su ojo clínico de "viejo pescador de venias", lo descubre en el traje y demás pruebas "corroborantes" del candidato.

"Roto el fuego, se ofrece de cicerone.

"— Ustedes quieren casarse, ¿no es verdad? Bueno, síganme. Yo lo veré al juez, y hasta el Presidente de la Corte de quien soy amigo. Es una vergüenza. — dice, mientras los enfila hacia el Palacio — que todavía haya leyes que permitan meterse a los padres en lo que no les importa un pito.

"Una vez en la casa, los introduce en un ascensor, los desembarca en el más obscuro de los corredores, los lleva, los trae, hace que habla con media docena de personajes, y cuando los cree a punto, exclama, satisfecho:

"— ¡Listo el pollo! ¡Pero me ha costado un trabajo! Ahora hay que presentar un escritito, que yo les voy hacer.

"Bajan.

"— Déme cinco pesos para sellos — le dice al joven, — y espérenme en el café...

"Ahí los tienes en pleno "trabajito". Ella está algo cohibida porque le pregunta cómo se llama, cuantos años tiene, si sus padres son o no casados y otras intimidades que desagradan a las mujeres... Ahora es el candidato el interrogado. También baja los ojos porque se ha llegado a la pregunta capital:

"— ¿Qué tiene? ¿De qué trabaja? ¿Cuánto gana?... ¿Cien pesos? Es muy poco, amigo. Hay que ganar más.

"— Pero...

"— Nada—le replica. — Déjeme hacer a mí. Usted es un joven de honesta familia, trabajador, lleno de salud y de buenas costumbres y *gana doscientos pesos*. Manuel — dice, dirigiéndose a dos sujetos que están en otra mesa, aparentando la mayor indiferencia, — hay que hacer una información para una venia. Aquí están, "vos" los "conocés", y ya te leeré el interrogatorio. Avisále a Martín. Hay que presentar dos testigos que los conozcan a ustedes y digan lo que tienen que decir.

"— Pero — insinúa la muchacha, — si esos señores...

"— Y ¿para qué estoy yo? Las personas que los conocen son unos chambones, y para ser testigo de verdad, hay que saber el oficio...

"Llega el momento culminante de los "honorarios": diez para los informantes, tres para la reposición, cinco para el notificador, tres para el oficio. Total: cincuenta de la nación.

"Protestas.

"— Bueno, "por ser ustedes", cuarenta.

"Protesta más débil, y, por fin, capitulación en treinta. Ya los "larga": tres "verdolaga" de a diez.

— Es maestro — exclama Gutiérrez.—





Conozco "veniistas" que la "laburan" por cinco "gruyos"...

III

PERO "manye" lo que veo: los "corbateros" entran en "sesión".

Se refería a un grupo de individuos de diversa catadura, que buscaban ubicarse alrededor de una mesa.

— ¡Corbateros! — exclamé, asombrado del calificativo.

— Corbatas de lazo o nudo corredizo, que "compran" los comerciantes en trance de quiebra; los "niños bien", con deudas de honor a hora fija; los cajeros con dedos "pegajosos"; los empleados con ansia de "tragarse" el tiempo, cobrando un año adelantado; los herederos que no soportan las dilaciones a que los somete la "casa de enfrente"; los que tienen la alhajita que les dejó la vieja entre los dedos del rematador del Monte, y los carreristas que no pueden perder "la fija" de treinta arriba... Pero ahí va el candidato, conducido por el "campana".

Indicaba a un joven con pañuelo negro en el pescuezo, anuncio de luto reciente y testamentaría en trámite.

Es el tipo ideal de los "corbateros". Como no le ha costado sudor lo que le dejó el "finao", trigo es limosna, y más vale un "gruyo" hoy que "un canario" mañana.

Y así termina el fatigante trabajo: cambiando ciento por uno.

¿Cómo se concreta después todo eso allí enfrente?

Caro, caro Pietrino, este es asunto que tiene más vueltas que un laberinto. Por lo pronto vas sabiendo lo suficiente para tomarle gusto. Otro día, con más tiempo y vagar, penetraremos en los sagrados misterios que intenta revelar el doctor Bravo.

NORMA DE VIDA

Levántate en cuanto te despiertes.
Bebe únicamente con arreglo a tu sed.
No hagas nada más que lo que puedas confesar.
No hables más de lo necesario; tampoco digas más que la mitad de lo que pienses.
Trabaja en cuanto te levantes.
No escribas más que lo que puedas firmar.
No olvides nunca que los demás contarán contigo, pero que tú no debes contar con ellos.
No estimes el dinero en más ni en menos de lo que vale; el dinero es un buen servidor, pero un mal amo.

De la laguna al cabaret

Por **Lucio Arráiz Naguil**

Con gracia describe don Froylán, un criollo que por primera vez deja su pueblo para conocer a Buenos Aires, la impresión que le produjo un cabaret porteño, ese centro nocturno donde todos se aburren soberanamente a pesar de los esfuerzos que hacen para divertirse.

En la estación del ferrocarril, don Froylán aguarda impaciente el tren de la mañana; es un paisano gordinflón, de alegre faz y campechanas maneras, y por el tirador con hebilla de plata demuestra ser hombre de mucho dinero enterrado en los cofres. Súbito, entra al andén el comisario y va hacia su encuentro.

—¡Güen día, don Froylán!

—¿Cómo le va, comesario?

—¿Otra vez de viaje?

—Así parece.

—¡Cha qu' está pasiandero! Entuavía no hace dos semanas que ha yegao de Güenos Aires, ¿y ya se nos quiere dir?

—Amigo comesario, no me hable de Güenos Aires, que se me ponen los pelos 'e punta. ¡Usté no imagina lo qu'es aqueyo!

—¿Fierazo, no?

—Pero divertido. Y ya que dentré en el terreno 'e la ciudá, le voy a contar lo que ni usté ni yo habíamos visto por estos lodazales. Se trata..., ¡abra el ojo!..., se trata de los cabareses.

—¡Oigalé! ¿Usté por los cabareses?

—Me tenté de visitarlos, por pura curiosidá. Había ido al tiatro, a ver la función de los artistas, y a la salida paré un coche 'e plaza y le dije al italiano si conocía algún cabaré de los güenos. "¡Cómo no!, me contestó; suba." A lo que yegamos frente a la puerta, se apea del coche y me pide diez pesos pa pagar la entrada.

—¿La entrada es con boleto, entonce?

—¡No, señor! Es gratis pa todo el mundo, pero el italiano sinvergüenza se aprovechó de m'inorancia. Usté ve, ¿no?, dende el principio me jueron taladrando.

—¡Que haiga sido gringo es lo pior! ¿Y entró adentro?

—Sí, pues. ¿Sabe qué cosa es un cabaré? Piense un galpón grandote, forrao de papel con flores; las lámparas, en vez d'estar sobre la mesa, cuelgan del techo, y el piso se compone de dos tandas: abajo es de madera lustrosa, y encima va un sobrepuesto de paño colorao. ¡Qué manera de haber lujo y vistosidá! Por todos los rincones hay mesitas envueltas en manteles; uno elige la que más le agrada, y apenas se sienta, áhi no más viene un cocinero con delantal blanco y le pregunta qué se v'a servir. ¡Qué apurón me dió el hombre! Yo inoraba la clase 'e beberaje que s'estila, porque el sitio no era pa darse el naco 'e caña; pero en eso siento qu'el de al lao pide lo suyo en voz alta, y yo, pa no ser más ni menos, repetí sus palabras.

—¿Y qué era lo que pidió?

—Champán con rapé.

—¡Con rapé! ¿Y se usa así, combinaos?

—Áhura verá. Medio risueño, el cocinero me contesta que debía de ser champán frapé, qu'es un balde con agua fría ande va la boteya; cohibido por la chambonada, le dije que ya qu'era de su gusto me lo trajiera frapeao.

—Y es rico, ¿no?

—Ha de ser; yo no tuve tiempo de tomarle el gusto... ¡Lo qu'es caer mal parao! En seguida hicieron correr la bola de que yo era de ajuera, y más cuando me vieron de bota y pañuelo. ¡Gente fiera los cajetiyas 'e la ciudá! Usté los ve flacuchos, la cara empolvada y el pelo aplastao con un ungüento que se ponen; usté los ve calzando botincitos de charol, medias de seda con arandelas, corbata que parece cola 'e papagayo y trajecito bien ajustao a las caderas. Lo único que visten de crioyos es el chambergo, pero se lo ponen achatao como sombrero de italiano. Güeno, pues; estos niños tilingos, en cuanto se juntan dos o tres, no hay quien los aguante; ríase de los chanchos salvajes y de la picadura de víbora, porque son como mandaos p'hacer herejías, y a lo mejor que usté está distraído se le vienen en malón.

—No le veo que sea pa tanto.

—Lo digo por esperencia. A mí me hicieron dos o tres tiros 'e broma, pa tantiarme si yo era arisco; y estando a la preventiva, un redepente siento un picotazo en la nuca, dao por mano desconocida; me volví, pa conocer al atrevido, y, ¡zas!... otra que me da en el óido. ¿Quiere creer? Me tomaron por paloma y me tiraban con miguitas 'e pan...

—¡Caray! ¡Ande jueron a llevar la chanza!

—Menos mal que no me hicieron carpincho, que si no, me tiran con plomo... La orquesta jué mi salvación. Amigo comesario, le voy a ser franco: al escuchar la música me olvidé de todo. ¿Nunca ha óido un tango tocao por los porteños? Le asiguro qu'es algo güeno. Los musicantes son cinco: dos en primera fila, con acordiones; otro, de pie, rasca el violín: el cuarto manotea el piano, y el último, en el rincón de la tarima, serrucha las tripas de un violón mayúsculo. Tocan con el papel a la vista y todos al mesmo tiempo; áhura se nota el violín, que silba como un zorzal; áhura los acordiones dentran a rezongar con tristeza, y hasta el pianista se acomoda un bordoneo d'escala, p'arriba y p'abajo, que hace estremecer de gusto. ¡Y qué sentimiento ¡Qué combinación de trinos y melodías! ¡Lástima que no usen guitarra!...

—¿Y los mozos no bailan?

—¡Y cómo no! Entre medio 'e las mesas hay una canchita, ande van las parejas. Pegaditos el cuerpo, parece como que refalasen sobre piso enjabonao; de pronto, se paran en seco, hacen unas cuantas gambetas y salen pa un costao dando saltitos, hasta que de nuevo se menten en la rueda. Bailar el tango no es moco 'e pavo; los porteños se lo toman a pecho y lo dancean con cara 'e circunstancia.

—Este, dígame..., ¿no me cuenta nada de las señoras?

—A eso iba. Estaba yo embobao, mirando los bailarines, cuando una turba 'e muchachas se me pone en redor de la mesa y empiezan hacerme fiestas, sin que naide las hubiese comedido. Es de saber que las mozas se ponen a vichar junto a la puerta; apenas ven un forastero, lo abarajan en el aire, y ya le dan la mano, le preguntan que cómo le va y se invitan solas a tomar. ¿Ha visto usté? Nosotros nos reímos tanto de los estranjis, y ayá, al gaucho y al gringo los encierran en el mesmo corral, qu'es el corral de los sonsos...

—¿A usté también lo agarraron?

—¿Y no? ¡Me iba a escapar! Me armaron un batuque de conversación que me tenían mareao, y no es eso lo pior, sino que los baldes del frapé se iban amontonando, y cada balde, amigaso, cuesta veinticinco nacionales...

—¡Las hubiera espantao!

—Es lo que hice, pues. ¡Más vale no lo hubiera hecho! Un mocito cocorita, p'hacerse ver de las señoras, se me acercó al punto y me pidió esplicaciones, tratándome de bagual y diciéndome si me creía qu'estaba en una fonda 'e vasco. ¡Vea los términos!

—Me imano que le dió su merecido.

—No me hicieron lugar. Rebolié una boteya pa dársela como tiro 'e bola, pero antes se me acerca el capataz y me intima que abaje la boteya y pague la consumación.

—¡Entuavía cargar con el muerto!

—¡Y qué muerto, cuñao! Suponiendo que me dejarían en paz, me pareció bien el arreglo; doy güelta al cinto y pelo el royo... ¡Adivine a cuánto asendía la cuenta!

—Asigún los frapeses.

—¡Diez baldes se habían vaciao esas angurrientas! Puse el grito en el cielo y las traté de todo, aunque no hubo más remedio que clavar el pico y aflojar los riales. ¡Dos canarios y uno cruzao se me jueron en el velorio! Ya me ib'a dir, cuando el cocinero empieza a refunfuñar, arguyendo que yo era un tacaño, y que lo dejaba a un lao. Güelta a desinflar el cinto. Al fin, salí a retirar el sombrero y el poncho, que me los tenían guardaos detrás de una vantaniya; entrego la contraseña y salgo..., es decir, cuasi salgo; porque el boletero asoma la cabeza y me alvierte que debía pagar el depósito 'e las pilchas.

—¿Mano al cinto, otra vez?

—¿Qué ib'hacer? Pagué y me dirigí a la caye. Al ladito de la puerta había dos mocetones uniformaos de levita, qu' eran los porteros; a lo que yo pasé se sacaron el quepí, me palmearon y me saludaron muy corteses, deseándome mil felicidades.

—¿Los porteros? ¡Habían sido mozos educaos!

—¿Educaos? Amigo, ayá naide se mueve si no es por plata. Lo que buscaban era que yo los untase...

—¡La pucha que son pedigüeños! ¿Y a eso le yaman diversión? ¡Diga, más bien, qu'es un robo! ¡Cualquier día me agarran a mí por esos sitios!

—Así es, no más. Güeno, comesario, áhi viene el tren; será hasta un día d'estos.

—¡Adiosito, Froylán!

El paisano subió al vagón y se instaló junto a la ventanilla; en sus ojos se notaba la alegría que el viaje le proporcionaba, y, por cierto, no trataba de ocultarlo. Acercóse el comisario para darle el último apretón de mano, y recordando que el amigo podría cumplirle un peque-

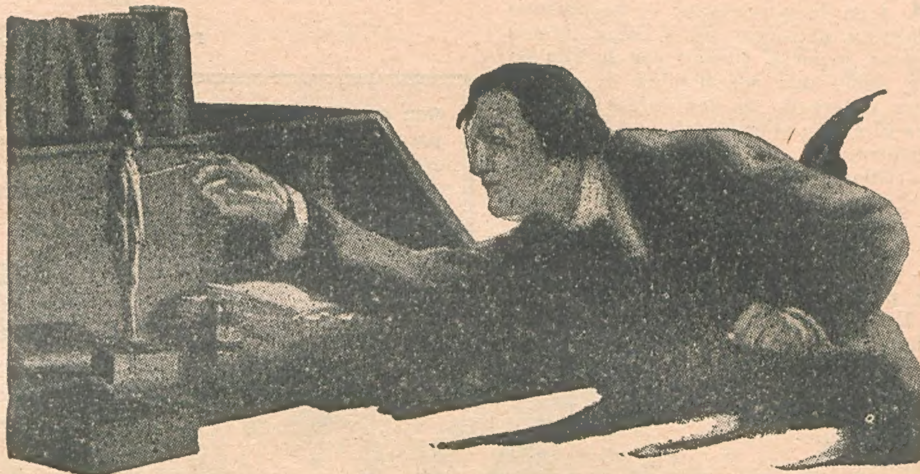
(Continúa en la pág. 28)



—APENAS VEN UN FORASTERO, LO ABARAJAN EN EL AIRE, Y YA LE DAN LA MANO, LE PREGUNTAN CÓMO LE VA Y SE INVITAN SOLAS A TOMAR.

Al Surco...

Por Guillermo Sullivan



El que se indigna porque le discuten su obra, no merece ni siquiera que se la discutan.

Hay ciertos amigos que perjudican mucho más que algunos enemigos.

Belerofón, héroe de Corinto, mató a la Quimera, monstruo de cabeza de león, cola de serpiente, cuerpo de cabra, y cuya garganta vomitaba llamas. Pero, embriagado Belerofón por el triunfo, quiso escalar el cielo montado en Pegaso, y no supo sostenerse y cayó de lo alto, matándose. Pegaso siguió y se hizo constelación en el firmamento.

Como ejemplo, eso parece que no sirve. ¡Son tantos los que subiendo un poco no más se marean y caen!...

Ojalá pudiera decirse, a un número mayor del que actualmente se puede, aquello que Napoleón dijo a Goethe, en su residencia de Weymar:

—Señor Goethe, es usted un hombre.

En el trasegar jadeante de las horas seamos capaces de repetir, con razón, aquello de Sarmiento: "Yo soy como la pelota, que mientras más fuerte es el golpe que se le da hacia abajo, más arriba salta."

Mucho hacen, por tu mejoramiento, y por tus triunfos, tus adversarios.

Lleva a todas partes carácter y amor. Puesto a la vera del camino — del camino que puede ser muchas veces mondo o áspero sólo porque no supiste cuidar bien tu jardín interior — reflexiona sobre lo que sería la vida si aventaras la inútil hojarasca con que en ocasiones suelen ir envueltas las cosas y, cuidando el grano, buscaras la fresca flor, el buen fruto.

Moisés ha dicho que Dios, después de haber creado el mundo, quiso dar al hombre "ayuda y compañía semejante a él", y haciendo caer sobre Adán profundo sueño, tomóle una costilla y formó de ella a la mujer, Eva.

Rodríguez Solís recuerda que el sabio Torres Amat observa que Dios no sacó a la mujer de la cabeza ni de los pies del hombre, como para dar a entender que no debe ser ni la señora ni la esclava, sino la compañera.

Mas el amor, arquitecto del universo, según Hesíodo, es el que se ha allegado al problema y lo ha solucionado confundiéndolo todo en genesíaca radiación de altas... cegueras.

Prodígate, sí, pero por respetables sentimientos o ejemplarizadora dignidad — que no te "aprovechen".

La mujer es buena. Tan buena, que no merece confianza. Mira hacia las estrellas y no se fija donde pisa.

No debas a nadie lo que puedes ser, ni lo que, por ciertos medios, pudieras ser sin deber serlo. Seguid el camino que señaló Edmond Rostand: "No subamos muy alto, pero subamos solos."

TEMAS FEMENINOS

Lo que el hombre desea

Por **Noemí Ronoe**

TÚ te aflijes por eso? — le pregunta Emilia a su amiga Delia. — Cambiando de modo de ser, nada adelantarías. Tu marido se queja porque dedicas mucho tiempo a tu arreglo personal. Pues el mío suspira por mi indiferencia hacia los "trapos", repitiendo que la coquetería es el principal encanto de la mujer.

— Pero yo tengo este antecedente de Osvaldo — responde la atribulada Emilia: — a su novia anterior, culta, inteligente, aventajada alumna de la Facultad de Filosofía y Letras, la dejó "porque era poco femenina". A ella misma, con cruda franqueza, le dijo que más grato le hubiera sido a él que cuidara sus ojos para que fuesen siempre bellos, y que no los enrojeciera tanto a fuerza de profundas lecturas...

— Y tú, al casarte, te propusiste ser lo más coqueta posible para tu marido, mientras que yo, con la noticia de que Pepe plantó a Carola, "por ser una muñeca frívola, de cabecita de pájaro, que jamás alentaría al marido en sus luchas", me propuse ser lo que soy, y ¡ya ves el resultado! Después de dos años de matrimonio, durante los cuales no he tenido hijos, lo que me permitió conservar mi puesto en el escritorio donde trabajo; después de dedicarme exclusivamente a atender a mi esposo y a cumplir mis obligaciones como señora y empleada, compruebo el hastío de Pepe hacia mí. Mi natural es serio, activo, fuerte, cualidades que él admiró de soltero, y que ahora casi parece reprochármelas. Con decirte que ayer, al hablar de la esposa de un amigo, con el cual cenó, exclamaba lleno de entusiasmo: "Es encantadora, aniñada y jovial. ¡Su esposo debe ser muy dichoso!" ¿Quién entiende a las hombres, Emilia?

— ¿Sabe una lo que ellos quieren?

Ni Osvaldo ni Pepe son, a mi modo de ver, tipos "imposibles". Con un poco de reflexión, sus respectivas esposas se convencerían de esto, y con voluntad e inteligencia obtendrían sobre ellos un nuevo y definitivo triunfo.

¿No han pensado ellas, que nada tienen de tontas, en que "todo cansa", y en que "todo extremo es pernicioso"?

Si Emilia conquistó a su Pepe por su reflexiva serenidad, por sus elevadas prendas morales, no quiere decir que a aquél le desagrade la encantadora feminidad. Por estar siempre a horario en su empleo y por volver de éste muy rápidamente al hogar, es posible que Emilia no preste mayor atención a la ligera capa de polvo sobre sus mejillas o al discreto toque de lápiz en sus labios, sin preocuparse mayormente de si su sombrerito está puesto con gracia, o "así no más".



Además, de sobremesa, Pepe, que como hombre piensa que lo más grave, importante y penoso de la vida le toca afrontar a él, desearía escuchar de labios de su esposa alguna frase ligera y amena, alguna risa espontánea, algún deseo mismo, menos serio y menos formal. Se fatiga de oírla hablar continuamente de la severidad o de la rectitud de su jefe; de las economías por hacer, de las tribulaciones de alguna compañera de tareas.

Y Osvaldo, que más de una vez llega a su casa anhelando confiar a su linda mujercita la proximidad de un triunfo o el peligro de una tentativa en una empresa, o la mala acción de un colega, o un proyecto que él considera maravilloso, se desencanta, sufre, se apena o se irrita cuando Delia permanece fría o sonriente apenas ante el compañero. Cuando a todo contesta: "¡Ah! ¿Sí? ¡Qué cosa, eh?" Cuando sale con un chiste de dudoso gusto o con una risotada inoportuna. Esto, cuando no exclama, pasándose el cisne de los polvos por sus frescas mejillas: "¡Qué le vas a hacer, querido! No te preocupes."

Los hombres adoran el encanto femenino y necesitan "la mujer". Eso es todo.

PARA PENSAR

No olvides que mientras estás con los brazos cruzados el tiempo no detiene su vuelo. — FAWCET.

Si de la simple admiración de los grandes hombres pasamos a procurar vivir como ellos, obedecemos a uno de los más felices impulsos de nuestro corazón. — HENRY DRUMMOND.

El que espera en la suerte tiene que esperar que cambien las cosas; el que confía en el trabajo y está siempre atento y dedicado a él, llega al cabo a cambiarlas. — COBDEN.

Toda noble existencia deja su fibra entretejida para siempre en la obra del mundo, y con ella aumenta la fuerza de la humanidad. — RUSKIN.

El paraíso de los borrachos

Por César Falcón

CIERTAMENTE, el hombre normal no lo pasa muy bien en Inglaterra. Basta ver cómo se estruja en los trenes subterráneos cuando con más prisa necesita ir o regresar de su oficina, cómo le sujetan las leyes su vida y sus costumbres, cómo no se le permite ni cantar ni tocar ningún instrumento en su casa después de las once de la noche, cómo, en fin, no puede apartarse un milímetro de la línea trazada a su existencia por la organización del país, para darse cuenta de la desventura del hombre normal. Desde luego, y esto también es necesario decirlo, lo de hombre normal supone aquí una normalidad no inglesa. Porque el hombre normal inglés es precisamente quien se atiene, siente y vive contento dentro de las taxativas reglas e imposiciones de la vida británica. Para un hombre normal de cualquier parte, eso de cambiarse de traje para todos los menesteres y diversiones de la vida social es una imposición insoportable. Para el hombre normal inglés esto es, en cambio, un verdadero placer.

Pero si un hombre normal inglés pierde cualquier día su normalidad, es decir, si se emborracha, todas las ligaduras de la reglamentación inglesa se ablandan en seguida en su favor. Inglaterra resulta entonces el país más complaciente. En las demás partes del mundo, las leyes y las gentes son más rigurosas con los borrachos. La borrachera es una circunstancia agravante del delito. Pero Inglaterra tiene un concepto distinto de la borrachera, y acaso más sutil. Un borracho es un hombre sin autocontrol y, consecuentemente, irresponsable. No tan irresponsable para librarse por completo de la ley. Mas lo suficiente para ablandarla.

Así, cuando un borracho coge el volante de un automóvil y se lanza a las calles de Londres y le detienen, la policía, en primer lugar, no puede someterle a pruebas demasiado adversas a él para comprobar su borrachera. Luego, el juez, en lugar de enviarle a presidio, le condena a una simple multa. Como la lenidad con el borracho no es una arbitrariedad legal, sino una costumbre, generalmente no se llega al trance de la aplicación de la ley. El borracho va cantando y gritando por la calle, o en el autobús, o en el tren, y todo el mundo se vuelve a mirarle con simpatía. Si se mete demasiado con la gente, ya no le va tan bien. Pero esto no es por su borrachera, sino por otras razones. Por borracho a nadie le pasa nada en las calles británicas.

Un escritor francés contaba cómo todas las semanas, después de haber llegado la noche anterior completamente borracho a su pensión, y hasta después de haberse quedado una vez dormido en la escalera, esperaba su expulsión de la casa. Sin embargo, cada mañana, en vez de una nota de expulsión, se encontraba con las sonrisas bondadosas del ama de la casa y de sus compañeros de hospedaje. La experiencia se repitió muchas veces, y una mañana, al fin, el ama le echó, indignada, de la casa. Pero no fué por sus borracheras. Fué por haber hablado con la criada en mangas de camisa. Ese descuido de la americana le pareció al ama de la pensión un signo de la introducción en su casa de la horrible inmoralidad francesa.

Pero ya se ha dado la primera voz de alarma contra los borrachos. No la han dado los jueces ni ninguna autoridad encargada de la moralidad pública y privada. Esto no puede ocurrir en un país tan lógico como Inglaterra. La voz de alarma la han dado los médicos en el Congreso de la Asociación Médica Británica, y no en nombre de esas cosas un poco confusas de la degeneración de la raza o los peligros del alcoholismo. Los médicos ingleses van al grano. Han promovido el caso de impedir la conducción de automóviles por borrachos, lo cual, después de todo, es una muestra de altruísmo.

La mujer que renunció al amor

Por **Villiers de L'Isle Adam**



—SEÑORA, ATORMENTAIS CON DELICIA LA ESPERANZA DE QUE OS HE HECHO DUEÑA.

Triste es que la mujer renuncie al amor, como la protagonista de este cuento, a quien un defecto físico la priva de la dicha de entregarse a las venturas e inquietudes de la pasión amorosa. Teme al amor porque duda qué puedan amarla así, tal como ella es, y antes de sentir su alma desgarrada por el desengaño, prefiere aislarse del amor, apartarse del camino de los que aman...

ESA noche todo París resplandecía en los Italianos. Se daba *Norma*. Era la noche de adiós de María Felicia Malibrán.

La sala entera, en las últimas notas de la plegaria de Bellini, *Casta diva*, se había levantado y llamado a la cantante, promoviendo un tumulto glorioso. Se le ofrendaron flores, joyas, coronas. Una nube de inmortalidad envolvía a la augusta artista, casi moribunda, y que se sepultaba, creyendo cantar.

En el centro de las butacas de orquesta, un joven cuya fisonomía demostraba un alma resuelta y fiera, manifestaba, rompiendo sus guantes a fuerza de aplaudir, la admiración apasionada que sentía.

Nadie en el mundo parisiense conocía a este espectador. No tenía un aire provinciano, sino extranjero. Con su traje de un lustre apagado, aunque de un corte irreprochable, sentado en esa butaca de orquesta, hubiera parecido casi singular, sin la instintiva y misteriosa elegancia que irradiaba de toda su persona.

Examinándole se hubiese buscado alrededor de él espacio, cielo, soledad. Era extraordinario, pero París ¿no es la ciudad de lo extraordinario?

¿Quién era y de dónde venía?

Era un adolescente salvaje, un huérfano señorial — una de los últimos de este siglo, — un melancólico castellano del Norte, escapado, hacía tres días, de la noche de un castillo de Cornualles.

Se llamaba el conde Feliciano de la Vierge: poseía el castillo de Blanchelande, en la Baja Bretaña. ¡Una sed de vida ardiente, una curiosidad de nuestro maravilloso infierno había enfebrecido de pronto a este cazador, y le había arrancado de su sitio!... Por eso tomó el tren, y por eso estaba allí. Su presencia en París no databa sino de la mañana, y por eso sus grandes ojos estaban todavía deslumbrados.

¡Era su primera noche de juventud! Tenía veinte años. Hacía su entrada en un mundo de llamas, de olvido, de vulgaridades, de oro y de placeres, y *por azar*, había llegado a la hora de oír el adiós de aquella diosa que partía.

Pocos instantes le fueron suficientes para acostumbrarse al resplandor de la sala. Pero a las primeras notas de la Malibrán, su alma se estremeció; la sala desapareció. La costumbre del silencio de los bosques, el ronco viento de los escollos, el ruido del agua sobre las piedras de los torrentes y de las graves puestas de sol, de los crepúsculos de Bretaña, habían elevado a poeta a este joven altivo, y en el timbre de la voz que oía, le parecía que el alma de esas cosas le enviaba la plegaria lejana del retorno.

En el marco de un palco acababa de de entusiasmo aplaudía a la artista inspirada, sus manos quedaron en suspenso; se inmovilizó.

En el marco de su palco acababa de aparecer una joven de gran belleza. Ella miró a la escena. Las líneas finas y nobles de su perfil se destacaban en las rojas tinieblas del palco, tal que un camafeo de Florencia en su medallón. Pálida, una gardenia en sus cabellos castaños, y sola, apoyaba en la baranda una mano, cuya forma revelaba una casta ilustre. En el peto de su vestido de seda negra, adornado de encajes, una piedra enferma, un admirable ópalo, imagen de su alma, sin duda, lucía un círculo de oro. Con el aire solitario, indiferente a toda la sala, parecía olvidarse de sí misma, bajo el invencible manto de esta música.

El azar quiso, sin embargo, que volviese vagamente la mirada hacia la multitud; en este instante los ojos del joven y los suyos se encontraron, sólo el tiempo de brillar y apagarse, un segundo.

¿Se habían visto alguna otra vez?... No. No sobre la tierra. Pero que aquellos que puedan decir dónde comienza el pasado, decidan dónde estos dos seres se habían conocido verdaderamente, porque esa sola mirada les había persuadido esta vez y para siempre que, desde luego, no databa de su cuna. El rayo ilumina de un solo golpe las olas y las espumas de la mar nocturna, y en el horizonte las lejanas líneas de plata de sus ondas: así, la impresión en el corazón de este joven, bajo la rápida mirada, no fué graduada; ¡fué el íntimo y mágico despertar de un mundo que se descubre! Cerró las pupilas como para retener los dos fulgores azules que penetraron en ellos: después quiso resistir a este vértigo opresor. Levantó los ojos hacia la desconocida.

¡Pensativa, apoyaba ella todavía su mirada sobre la suya, como si comprendiese el pensamiento de este salvaje enamorado, y como si fuese cosa natural! Feliciano palideció. Sintió en esta mirada como la impresión de dos brazos que se cerrasen lánguidamente alrededor de su cuello. ¡Era lo fatal! Esta mujer acababa de reflejarse en su espíritu como en un espejo familiar, y acababa de encarnar en él después de haberse *reconocido* en su fondo! ¡Se había fijado allí para siempre jamás, bajo una magia de pensamientos divinos! Amaba con el primero e inolvidable amor.

Sin embargo, la joven, desplegando el abanico, cuyos encajes negros tocaban sus labios, parecía haber vuelto a su distracción. Ahora se diría que escuchaba exclusivamente las melodías de *Norma*.

En el momento de dirigir sus gemelos al palco, Feliciano comprendió que esto sería una inconveniencia.

—¡Puesto que la amo! — se dijo.

Impaciente al final del acto, meditó. ¿Cómo hablarla? ¿Cómo saber su nombre? No conocía a nadie. ¿Consultar al día siguiente la lista del abono? ¡Y si era un palco fuera de abono, comprado sólo para esa noche! El tiempo corría, la visión iba a desaparecer. ¡Y bien! Su coche seguiría al de ella... Le parecía no tener otros medios. Después se dijo en su candidez... sublime: — Si ella *me ama*, se percatará de mi anhelo y me dará algún indicio.

El telón cayó. Feliciano abandonó la sala en seguida. Una vez bajo el vestíbulo, se paseó ante las estatuas.

Habiéndose aproximado al lacayo, le dió quedamente algunas instrucciones; el lacayo se retiró a un ángulo y estuvo muy atento.

El amplio eco de la ovación hecha a la cantante cesó poco a poco, como todos los ruidos de triunfo del mundo. Todos fueron descendiendo por la gran escalera. Feliciano, con los ojos fijos puestos en la puerta, viendo fluir el río deslumbrante de la multitud, esperó.

No veía nada, ni los rostros radiantes, ni las flores sobre las frentes de las muchachas, ni las capas de armiño, ni la ola brillante que pasaba delante de él, bajo las luces.

Y todo este conjunto se desvanecía bien pronto, poco a poco, sin que la joven apareciese.

¿La habría dejado pasar sin reconocerla? ¡No! Era imposible... Un viejo lacayo con una pelerina de pieles estaba todavía en el vestíbulo. Sobre los botones de su librea negra brillaban las hojas de apio de una corona ducal.

¡De pronto, en lo alto de la escalera solitaria, *ella* apareció! ¡Sola! Esbelta, bajo un manto de terciopelo y los cabellos ocultos en una mantilla de encajes, apoyaba su mano enguantada sobre el balaustre de mármol. Vió a Luciano, de pie cerca de una estatua, pero no pareció preocuparse más de su presencia.

Descendió tranquilamente. Habiéndose aproximado el viejo lacayo, le dijo algunas palabras en voz baja. El lacayo se inclinó, y se retiró sin oír más. Instantes después se escuchaba el ruido de un coche que se alejaba. Entonces ella salió, descendió, siempre sola, los peldaños del vestíbulo. Feliciano tuvo apenas tiempo de decir estas palabras a su lacayo:

— Volved solo al hotel.

En un momento se encontró en la plaza de los Italianos, a algunos pasos de la dama. La multitud había desaparecido en las calles circundantes; el eco lejano de los coches se debilitaba.

Hacía una noche de octubre, seca, estrellada.

La desconocida iba muy lentamente y como poco habituada a andar a pie. ¿Seguirla? Era preciso, y se decidió. El viento de otoño le llevaba el perfume de ámbar que venía de ella y el sonoro roce de la seda sobre el asfalto.

Así siguió largo rato su camino, orientándose por las calles desiertas y apenas iluminadas.

De pronto, el joven se detuvo: atravesó su espíritu un pensamiento: ¡era quizá una extranjera!

¡Un coche podía pasar y llevarla para siempre! ¡Y después de eso ya no podría sino peregrinar sin rumbo por la gran ciudad sin poder encontrarla! ¡Ser desorientado para siempre por el azar de un instante que podría durar la eternidad! ¡Qué porvenir! Este pensamiento le turbó hasta hacerle olvidar toda considera 'n de pudor y toda timidez.

Adelantóse a la joven en el ángulo de la sombría calle por la que iba; entonces se volvió, se quedó horriblemente pálido, apoyándose en la columna de un farol, y la saludó; luego, muy resueltamente, con fervor y entusiasmo, le dijo:

— Señora, lo sabéis; os he visto esta noche por la primera vez. ¡Pero como tengo miedo de no volveros a ver, es preciso que os diga que *os amo!* Y que si seguís vuestro camino sin hacerme caso, moriré sin volver a decir estas palabras a nadie.

Ella se detuvo, levantó su velo y contempló a Feliciano con honda fijeza. Después de un corto silencio, respondió con una voz cuya pureza dejaba transparentar las más lejanas intenciones del espíritu:

— Señor, el sentimiento que os produce esa palidez y esa actitud debe ser en efecto bien profundo para que justifique lo que hacéis. No me siento, pues, ofendida. Idos y tenedme por una amiga.

Feliciano no se asombró de esta respuesta: le pareció natural que el ideal respondiese idealmente.

La circunstancia era de aquellas, en efecto, a las que hay que responder con discreción, para ser dignos de pertenecer a la raza de los que hacen las conveniencias, no de los que las sufren. Eso que el público llama conveniencias no es más que una imitación mecánica, servil y casi simiesca de lo que ha sido

vagamente practicado por seres de naturaleza elevada en circunstancias parecidas.

Con un transporte de cándida ternura besó la mano que se le ofrecía.

—¿Queréis darme la flor que habéis llevado en vuestros cabellos toda la noche?

La desconocida se desprendió silenciosamente de la pálida flor escondida bajo los encajes, ofreciéndola a Feliciano; después dijo:

—Ahora, adiós para siempre.

—¿Adiós?—balbuceó el joven.—¿No *me amáis*, pues? ¡Ah! ¡Estáis casada!—gritó de pronto.

—No.

—¡Libre!

—Olvidadme, sin embargo. Es preciso.

—¡Pero si sois desde este instante el latido de mi corazón! ¿Podré vivir sin él?

—Una terrible desgracia me anonada. Haceros mi confesión sería entristeceros hasta la muerte; es inútil.

—¿Qué desgracia puede separar a los que se aman?

—Esta.

Y pronunciando tal palabra, cerró los ojos.

La embriagadora sensación de la seda tibia le comunicó el deseo febril de estrecharla, de llevarla, de perderse en sus besos.

—¡Ah, cómo os amo!

—¡No os oigo! ¡Muero de vergüenza! ¡No os oigo! ¡No oiría vuestro nombre! ¡No oiría vuestro último suspiro! ¡No oigo los latidos de vuestro corazón que golpean mi frente y mis pupilas! ¡No comprendéis el horrible sufrimiento que me mata! Soy..., ¡ah!, ¡soy *sorda*!

—¡Sorda!—exclamó Feliciano, aniquilado por un frío estupor que le hizo temblar.

—¡Sí!, ¡desde hace años! ¡Oh!, toda la ciencia humana sería impotente para salvarme de este horrible silencio. ¡Soy sorda como el cielo y como la tumba!

—Sorda—repitió Feliciano, que bajo esta insospechable revelación se quedó sin pensamiento, agitado y sin poder reflexionar lo que decía.—¿Sorda?

Después, súbitamente, exclamó:

—Pero esta noche, en la Ópera, aplaudíais, sin embargo, a los cantantes y a la música!

—¿En la Ópera?—respondió ella, sonriendo también de tan siniestro modo.—¿Olvidáis que he tenido tiempo de estudiar la expresión de las emociones en el rostro? ¿Soy yo la única sorda? Pertenecemos al rango que el destino nos marca y tenemos que comportarnos con arreglo a él. ¿Merecería la noble mujer que cantaba muestras supremas de simpatía? ¿Pensáis además que mis aplausos diferían mucho de aquellos de los *dilettanti* más entusiastas? Yo he sido antes muy aficionada a la música!

A estas palabras Feliciano la miró un poco asustado, aunque esforzándose todavía en sonreír:

—¡Oh!—dijo,—¿es que jugáis con un corazón que os ama hasta la desolación? Afirmáis no oír, y me respondéis...

—¡Ay!—contestó ella;—es que..., ¡es que lo que decís, lo creéis *personal*, amigo mío! Sois sincero, pero vuestras palabras no son nuevas más que para vos. Para mí recitáis un diálogo del que yo he aprendido de antemano todas las respuestas. Desde hace años es para mí siempre el mismo. Es un papel en que todas las frases están formuladas con una precisión verdaderamente horrible. Lo poseo de tal modo, que si aceptase, lo que sería un crimen, unir mi angustia, aunque fuese unos días, a vuestro destino, olvidaríais a cada instante la confidencia funesta que os he hecho. ¡Os daría la ilusión completa, exacta, *ni más ni menos que otra mujer*, os lo aseguro!

Él se sintió espantado esta vez.

—¡Ah!—dijo,—¡qué amargas palabras tenéis el derecho de pronunciar!... Pero yo, si es así, quiero compartir con usted ese externo silencio, hasta donde sea preciso. ¿Por qué quiere excluirme de este infortunio?, a mí, que hubiese compartido su dicha. ¡Vuestra alma puede suplir a todo lo que existe!

—¿Queréis darme el brazo y que caminemos un rato por esta calle sombría?—dijo.—¡Nos figuraremos que es un paseo lleno de árboles, de primavera, de sol! Tengo también algo que deciros, algo que no volveré a decir jamás a nadie.

Los dos amantes, con el corazón envuelto en una tristeza fatal, anduvieron juntos, la mano en la mano, como desterrados.

—Escúcheme usted—dijo ella,—que puede oír el sonido de mi voz. ¿Por qué he creído que no me ofendía? ¿Por qué le he respondido? No lo sabe, y, sin embargo, es muy sencillo cómo yo he adquirido la ciencia de leer en los rasgos de la cara y en las actitudes los sentimientos que determinan los actos de un hombre; lo que es ya diferente que aprecie con una exactitud tan profunda, y por así decirlo, casi infinita, el valor y la calidad de estos sentimientos, así como su íntima armonía, en aquel que me habla. Cuando os habéis decidido a cometer conmigo esta enorme inconveniencia de ahora, yo era tal vez la sola mujer que podía adivinar en el mismo instante su verdadera significación.

—¡Qué amargura!—murmuró Feliciano.

—Sí—prosiguió la desconocida;—ninguna mujer se escapa a esa condición de la naturaleza que es la sordera mental, a menos, tal vez, de pagar su rescate a un precio inestimable como yo.

La desconocida se detuvo.

—Soy amarga esta noche—continuó;—he aquí por qué: ¡no envidio ya lo que ellas poseen, habiendo comprobado el uso que hacen de ello, el que hubiese hecho yo misma, sin duda! Pero ante usted, a quien yo hubiera amado tanto otra vez..., ¡viéndoos, adivinándoos!..., comprendiendo vuestra alma en vuestros ojos..., ¡dándome cuenta de que me la ofrecéis..., *yo no puedo aceptarla!*...

—¡Oh!—respondió en voz baja Feliciano, los ojos llorosos,—¡déjame al menos que bese tu alma en el aliento de tus labios! ¡Compréndeme! ¡Déjate vivir! ¡Eres tan bella!...

Ella le contempló con sus ojos bañados en lágrimas, y poniendo la mano sobre el brazo que la enlazaba:

—¡Vais a declarar vos mismo que esto es imposible!—dijo.—¡Escuchadme todavía! Quiero acabar en este momento de revelaros todo mi pensamiento..., porque no me oiréis después..., y no quiero ser olvidada.

Hablaba lentamente y caminaba con la cabeza inclinada sobre el hombro del joven.

—¡Vivir juntos!... decís... Olvidáis que después de las primeras exaltaciones la vida toma caracteres de intimidad en que la necesidad de expresarse exactamente llega a ser inevitable. ¡Es un instante sagrado! ¡Es el instante cruel en que aquellos que se han casado inatentos a sus palabras, reciben el castigo irreparable por el poco valor que han dado a la calidad de sentido real y *único* que esas palabras reciben de aquellos que las dicen.

Escuchando estas palabras el enamorado quedó sombrío; lo que experimentaba era terror.

—¡Oh!—exclamó.—¡Entreabrís en mi corazón profundas brechas de desdicha y cólera! Tengo el pie sobre el umbral del paraíso y es preciso que yo mismo cierre la puerta de todas las felicidades!... Sois la tentadora suprema y me parece que veo lucir en vuestros ojos no sé qué orgullo de haberme desesperado.

—¡No! Soy aquella que no te olvidará—respondió.—¿Cómo olvidar las palabras presentidas que no se han oído?

—Señora, atormentáis con delicia la esperanza de que os he hecho dueña. Sin embargo, con sólo que quieras regalarme tu presencia venceremos juntos al porvenir. ¡Amémonos con más valor! ¡Déjate conducir!

—Repetiré que esto es imposible. Habría horas de melancolía en que, irritado por mi enfermedad, buscaríais ocasiones de comprobarla con crueldad! ¡No podríais olvidar que no os oigo... ni perdonármelo, os lo aseguro!

Un coche se destacaba a algunos pasos, a la vuelta de la calle en que estaban. Feliciano reconoció vagamente al lacayo que esperaba a la salida de la ópera.

Era el de ella, que arrancándose al brazo de Feliciano, se desprendió como un pájaro, entró en el coche, y un instante después había desaparecido.

La crueldad con los niños

Por **Claudio Marshall**



MERCED a la vasta publicidad que de un tiempo a esta parte brinda la prensa diaria a ciertos hechos delictuosos, hemos llegado a la dolorosa comprobación que el espíritu de humanidad, por cuyo adelanto o retroceso se mide el grado de civilización de los pueblos, permanece, en determinadas personas, en el estado embrionario de la época de las cavernas. En Buenos Aires, como en la mayoría de las capitales, donde la vida es difícil, donde la educación de las gentes puede fácilmente disfrazarse con ropas limpias y un cuello blanco, se castiga despiadadamente a los niños.

Desdichadamente, esa costumbre criminal rara vez se divulga para que aquellos que la practican reciban el castigo que la ley impone. Los niños no saben quejarse. Ahogan en lamentos y en lágrimas el dolor que el castigo infiinge en sus cuerpos y en sus almas. Niños a los cuales tratan como perros, y niños que, como los mismos perros, acarician las manos criminales que los azotan.

Las repetidas noticias que aparecen en los grandes rotativos porteños, dando cuenta de esos castigos corporales, deberían provocar una seria protesta; deberían sacudir la modorra en que han caído nuestras instituciones públicas y privadas de protección a la infancia. A los niños abandonados se les recoge; pero a los niños que tienen casa, pero les falta hogar; que tienen padres, pero que viven huérfanos de cariño y que en vez de ternuras reciben azotes, ¿quiénes los protegen?

La crueldad para con los niños no es cosa nueva en este mundo viejo. Desde épocas inmemoriales los hombres ya grandes, que se olvidaron de que alguna vez también fueron chicos, débiles e inocentes, han descargado su cólera, se han vengado por lo que a ellos le hicieron o le hacen los otros hombres, castigando a los niños, a sus propios hijos. Y se olvidaron, también, de que la mano, el látigo o el palo caían sobre un cuerpo que era parte de su propio cuerpo y que esas lágrimas de dolor y de amargura se desbordaban de unos ojos que eran, también, sus propios ojos. Así han llegado hasta nosotros proverbios que son un oprobio para la humanidad: "La letra con sangre entra", es uno de ellos. Y quien dice letra se refiere a toda enseñanza. Creen, entonces, que el leer, el hablar, el conducirse bien, sólo podrá ser enseñado a los niños mediante la fuerza bruta. Y el castigo corporal ha llegado a transformarse en una institución en algunos hogares donde el amor ha cedido el lugar al miedo.

Azotar a un niño es cobarde y es innecesario. Demuestra falta de serenidad e ignorancia.

Se azota a los niños cuando los padres se encolerizan. El padre que pega a su hijo, que pega a un niño débil e incapaz de defenderse, y exclama: "Te pego para tu bien", miente al tratar de engañarse. Lo que en verdad debiera decir es: "Te pego porque la cólera me ha enceguecido, y únicamente pegándote quedaré satisfecho."

El pegar a los niños quiebra la moral de éstos, disminuye considerablemente las oportunidades que ellos tienen de vencer en la lucha por la vida; llena los corazones infantiles de resentimientos y de amargura, donde sólo debiera haber amor y ternura y deja recuerdos graves y dolorosos para la edad madura. El castigo en los niños les enseña a odiar.

El niño, sin embargo, es parte tuya, lector; es lo que tú has hecho. Y lo más importante, lo que todo padre debiera recordar, es que él, el niño, no te pidió ni exigió que lo trajeses a esta vida.

Cuando tú, lector, cometes una falta, tú no te azotas. ¿Por qué, entonces, castigar al niño, que es parte de tu cuerpo, pero que es joven, inocente, y sus músculos son tiernos y sus huesos frágiles?

Es más fácil romper la cuerda de un reloj y que éste continúe marcando la hora exacta, que después de quebrar el coraje y destrozar es espíritu de un niño, esperar que ese niño pueda desempeñarse ventajosamente en la vida.

Cada uno de nosotros venimos al mundo con determinada dosis de coraje, de esperanzas, de confianza en nosotros mismos y de ambición de llegar a ser algo. Es el coraje y es la ambición lo que nos brinda esa energía que nos impulsa a través de la vida y nos ayuda hasta el final de la misma. Sin embargo, muchos son los hombres que han azotado brutalmente a su propio hijo; hombres que no se hubieran aventurado a castigar a un perro ni a un caballo, "por no acobardarlos". Hombres hay que se quejan ante sus esposas de la rudeza con que los tratan sus superiores; hombres que buscan compasión y que tratan de inspirar lástima, y golpean y castigan a sus hijos, que nada saben de la vida, y que si algo ansían es comprensión y amor de parte de sus padres.

Las crueldades que sufren los niños es mucho más moral que física. Cuando a un niño se le promete una paliza, y el niño sabe que esa promesa será cumplida, pasará horas enteras aterrorizado a la espera de ese momento terrible.

El terror envenena la mente, disminuye la fuerza del corazón y debilita los nervios. Miles de inhumanos padres mantienen a sus hijos en un continuo estado de terror. ¿Saben ellos el efecto que el miedo produce en el corazón de sus hijos? ¿Ignoran la gran amenaza que se cierne sobre esas desdichadas criaturas al debilitarles el corazón y los nervios?

Para muchos de nuestros lectores el dibujo que ilustra este artículo parecerá exagerado. Ese hombre velludo y gigantesco, azotando a ese niño tan pequeñito, tan asustado es, en la imaginación atemorizada del niño, la imagen real del bruto que lo acosa.

Los padres que inconscientemente castigan en forma brutal a sus hijos, deberían preguntarse: "¿Por qué soy tan cruel? ¿Dónde está el error, en los métodos en que trato de educar a mis hijos o en mi temperamento exaltado y violento?" Porque jamás podrá culparse a las tiernas criaturas de sus travesuras ni de sus faltas, puesto que en la mayoría de las veces el padre castiga al hijo por las mismas faltas que él — el padre — comete.

Los niños — todos los padres lo saben — son, por naturaleza, pequeños salvajes. Es, por tanto, muy natural que se peleen, que tengan caprichos, que algunas veces desobedezcan. Con un poco de paciencia y con un poco de tiempo; con buenos ejemplos y buenas palabras, harán más por corregirlos que los insultos y los azotes.

Las gentes se olvidan cada día más de las grandes y sabias enseñanzas que les legaron los hombres que hicieron de su vida y de su pensamiento las fuentes más caudalosas del sentimiento humano.

Jesús de Nazareth, que llegó a hombre sin haberse olvidado de que había sido niño, abrió más de una vez sus divinos labios para recordar a los hombres que los niños merecen todo amor y toda consideración. San Mateo refiere este episodio, que deberían conocer y recordar todos los padres y todas las madres del mundo:

En aquel tiempo se llegaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?" Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo: "De cierto os digo, que si no os volviereis y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que cualquiera que se humillare como este niño, éste será el mayor en el reino de los cielos. Y cualquiera que recibiere a un tal niño en mi nombre, a mí me recibe. Y cualquiera que ofendiere a alguno de estos pequeños, que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le ahogase en el profundo del mar."

HUMORISMO AJENO



CUIDANDO EL NEGOCIO

—Mira: hasme el favor de mandarte a mudar de aquí, porque, aunque mis naranjas son dulces, tú me arruinas el negocio con esa cara que pones al comer ésa.



EN EL PRESIDIO

—¿Por cuánto tiempo estás preso?
—Por dos semanas. He matado a mi mujer.
—¿Dos semanas y has matado a tu mujer?
—¡Claro! Porque después me ahorcan.



CONSUELO

— ¡Bárbaro! ¡Me ha tirado la sopa encima!
—Más se hubiera enojado el señor si la hubiese probado.



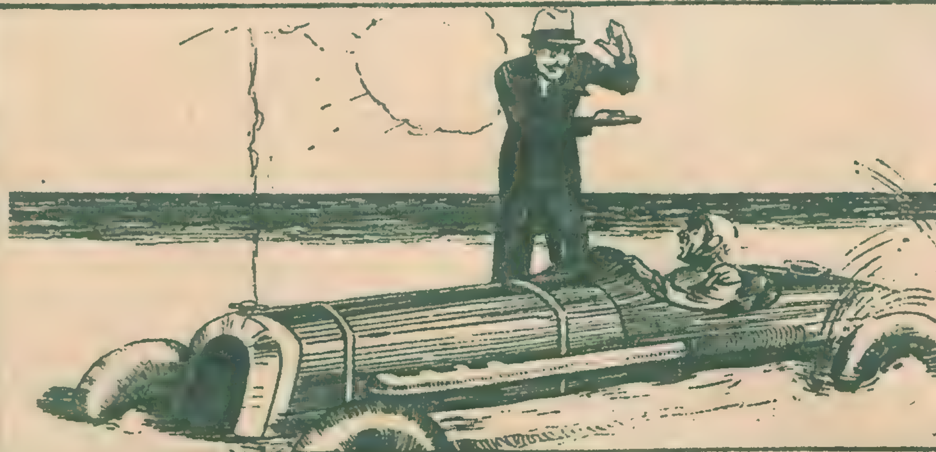
REVOLUCIONES

—Esta es la mejor hoja para afeitarse. Ha hecho una verdadera revolución al aparecer.
—Sí; una revolución perfecta, porque ni la sangre ha faltado.



TARTAMUDEZ

—¿No há ido usted a una escuela de tartamudos?
—¡Qué espe... espe... ranza! A... mí... a mí.. me sa... sale... na... tu... na... tu... ralmente!



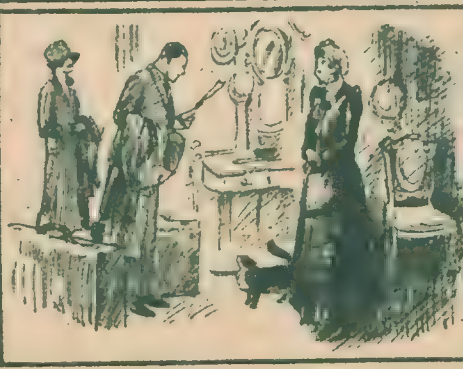
RECORD

—¡Te felicito! Has batido un nuevo récord.
—¿Récord de qué?
—¡El de profundidad!



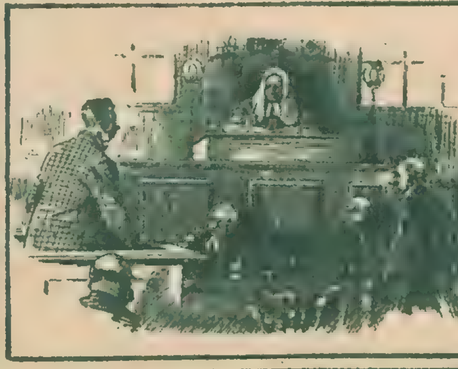
AUDICIÓN CANINA

—No sabía que su hija cantara tan bien como toca el piano.



SARCASMO

—Creo que en esta cuenta hay un error, señora.
—¿Puede decírmelo?
—Se ha olvidado usted de cobrarme el papel en que está escrita.



UNA GRACIA

—Está usted condenado a quince años de prisión. ¿Qué dice a esto?
—Que le recomiendo no me vaya a dar por compañero de celda a uno que sea muy roncador.



CELO EJEMPLAR

—¿Y esto es todo lo que hay en la pensión para bañarse?
—Sí, señor. Yo siempre he cuidado de que no se ahogara alguno de mis pensionistas.



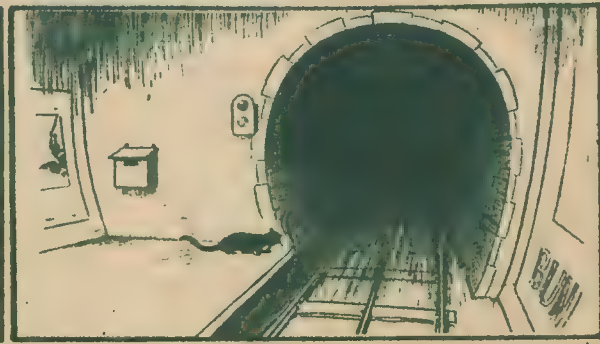
OCULÍSTICA

—Desde que las mujeres usan las polleras más cortas, hay más hombres cortos de vista.
—¿Por qué razón?
—Sencillamente: por fatiga visual.



CONVENIENCIA

—Me encanta cuando en mi establecimiento tengo a unos recién casados.
—Porque lo hacen más atrayente, ¿verdad?
—No. Porque no comen casi nada.



EL GRAN OPTIMISMO

El gato. — ¡Al fin voy a comerme un ratón digno de mi hambre!

(De *Punch*, *The Passing Show*, *The Humorist* y *London Opinion*)



A LOS JUGADORES FRANCESES DE TENNIS, que tan brillante actuación han tenido entre nosotros, les ofreció una demostración la Asociación Argentina de Lawn Tennis en el Plaza Hotel, concurriendo el embajador de Francia y un selecto núcleo de familias

FOTO MUNDO ARGENTINO (P.)



FUÉ CELEBRADO EL ANIVERSARIO de la proclamación de la República del Brasil, efectuándose una velada artística que alcanzó brillantes proporciones. Personas que tomaron parte en el festival, desarrollando un ameno programa

FOTO MUNDO ARGENTINO (P.)



PARA EVITAR EL MAREO DE MAR o curarlo, el doctor alemán Dammert ha inventado este aparato, que ya ha sido adoptado por la empresa de vapores Lloyd Norte Alemán con buen éxito

FOTO SPORT Y GENERAL



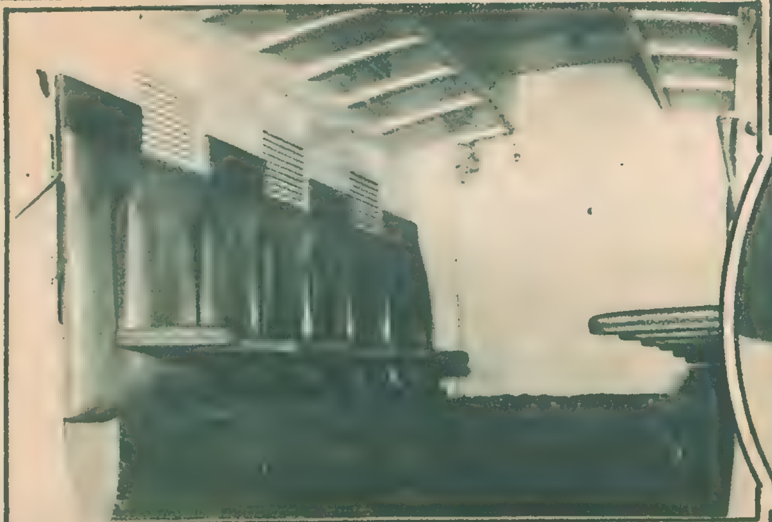
"CÉSAR" fué el perro favorito del rey Eduardo VII, y se ha esculpido su figura en la tumba del soberano británico, como un homenaje al noble can predilecto del rey



ELEGANTE TRAJE DE CRÊPE DE CHINE de mangas largas y amplias. Los adornos simulan flores de crisantemo y dan un aspecto original al conjunto



GORDON RICHARDS es el jockey más famoso de la Gran Bretaña, habiendo eclipsado el renombre del celebrado Donoghue, el ídolo del turf



VARIOS AUTOS DORMITORIOS lleva cuando viaja el rey de Hedjaz, con objeto de transportar nada menos que a sus veinticuatro esposas. Es un perfecto harén con ruedas

FOTO SPORT Y GENERAL



EL RETORNO DEL SOLDADO es siempre impresionante. Aquí tenemos a uno escocés, de regreso de China, con su hijito que llora, sin duda, de alegría al ver a su papá



POR PRIMERA VEZ ha sido visto con los rayos X un león que fué herido a balazos al fugarse de su jaula. La operación fué bastante difícil, pero la radiografía se hizo por fin como si se tratara de una persona

FOTO SPORT Y GENERAL



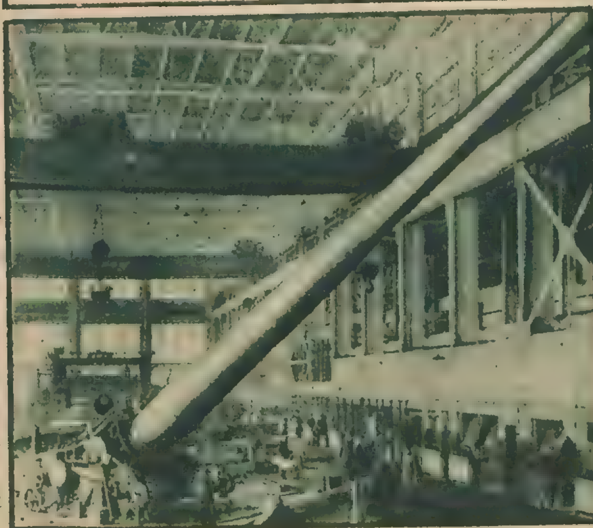
CON AFLUENCIA DE MUCHO PÚBLICO se desarrolló la Semana del Nene en el Club de Madres, donde se dieron conferencias y exhibiciones cinematográficas sobre la higiene del niño
FOTO MUNDO ARGENTINO (P.)



MIL COMPETIDORES intervinieron en el torneo de ajedrez más grande del mundo. Se llevó al cabo en el Ministerio de Salud, en Londres, dando motivo a interesantes encuentros
FOTO SPORT Y GENERAL



DISCRETO TRAJE DE BAÑO que, naturalmente, no fué muy usado en las playas extranjeras durante la última temporada, tal vez por "demasiado serio"



DIEZ Y SEIS PULGADAS DE DIÁMETRO tiene el cañón más grande de los Estados Unidos, que acaba de ser construído de acuerdo con todos los progresos de las grandes máquinas de guerra



JOYCE BARBOUR, bonita artista británica que goza de renombre en los escenarios londinenses de revistas



MUY CONCURRIDOS resultaron los salones del Prince's Club durante el te danzante realizado con propósitos de beneficencia por el Círculo de Damas Entrerrianas



EN LA ESCUELA PROFESIONAL de Mujeres Nº 3 se efectuó una interesante exposición de bordados, obras de las alumnas de dicha institución de enseñanza



"EL ÍDOLO VIVIENTE" llaman a la bailarina inglesa Blanche Ostrahan, que por sus danzas originales está causando gran sensación en los teatros de París. Es, en verdad, un verdadero ídolo de bronce cuando efectúa en la escena sus bailes exóticos



PARA CELEBRAR la reelección de su vicepresidenta, la señora Gallardo de Zalazar Pringles, el Club Argentino de Mujeres organizó un banquete al cual acudió un gran número de asociadas



OBTUVO GRAN LUCIMIENTO la matinée coreográfica que a beneficio del Hospital del Tigre organizó un núcleo de distinguidas damas en el teatro de la Ópera



ANTE UN PÚBLICO selecto y numeroso, dió la actriz Nuran Hanum, el domingo, en el Príncipe Jorge, una demostración de música, cantos y danzas árabes, en campañía de varios artistas de esa nacionalidad



UNA NUEVA MODA se ha impuesto entre las grandes actrices europeas y norteamericanas: la de hacerse sacar sus mascarillas en vida. Este procedimiento sólo se empleaba, hasta ahora, en caso del fallecimiento de personajes célebres



JULIO MOCOROA, el gran pugilista argentino, cuyo match con el uruguayo Julio C. Fernández se realizará próximamente, definiéndose entonces la supremacía del verdadero campeón rioplatense

La encuesta de "Mundo Argentino", para seleccionar los ONCE MEJORES JUGADORES DE FOOTBALL, expresa la opinión de toda la República.

Resultado del escrutinio de los cupones recibidos hasta el 16 de noviembre

GUARDAVALLA. — Díaz, 23.141 votos; Tesorieri, 15.028; Bossio, 14.871; Scarpone, 10.323; Iribarren, 6.245.

BACK DERECHO. — Bidoglio, 20.267; Helman, 15.566.

BACK IZQUIERDO. — Recanattini, 19.105; Bearzotti, 15.209; Paternóster, 11.399.

HALF DERECHO. — Médici, 18.453; Evaristo, 16.327; Napoleoni, 12.367.

CENTRO HALF.—Calandra, 18.343; Zumelzú, 16.180; Monti, 15.145; Fioroni, 11.298.

HALF IZQUIERDO. — Moreyras, 17.651; Truffa, 14.240; Conti, 12.659; Orlandini, 10.649.

WING DERECHO. — Perinetti, 19.565; Carricaberry, 19.308.

INSIDER DERECHO. — Tarasconi, 18.325; Ochoa, 18.109; Penella, 10.501.

CENTRO FORWARD. — Ferreyra, 17.006; Sosa, 16.989.

INSIDER IZQUIERDO. — Seoane, 18.548; Indaco, 15.451.

WING IZQUIERDO. — Orsi, 18.343; Luna, 17.487; Onzari, 15.325.

En el número correspondiente al 7 de diciembre próximo queda clausurada nuestra encuesta, y su resultado se publicará en el NÚMERO ESPECIAL DE NAVIDAD, que aparecerá el 14 del mismo mes.

Una vez seleccionados los once mejores jugadores, se formará con ellos un cuadro de honor, y MUNDO ARGENTINO otorgará a cada uno de sus componentes una VALIOSA MEDALLA DE ORO, designándolos, por decisión popular,

CAMPEONES DE CAMPEONES DE FOOTBALL DE 1927

CUPÓN

Guardavalla	Team a que pertenece	Ciudad o Pueblo ....
Back derecho	" " " "	" " " ....
Back izquierdo	" " " "	" " " ....
Half derecho	" " " "	" " " ....
Centro half	" " " "	" " " ....
Half izquierdo	" " " "	" " " ....
Wing derecho	" " " "	" " " ....
Insider derecho	" " " "	" " " ....
Centro forward	" " " "	" " " ....
Insider izquierdo	" " " "	" " " ....
Wing izquierdo	" " " "	" " " ....

Nombre del remitente .... Domicilio ....

Recórtese este cupón y envíese a CONCURSO DE FOOTBALL, "Mundo Argentino", Río de Janeiro 264, Buenos Aires.

Noticiario gráfico del deporte mundial





NADA MENOS que un raid de 16.000 millas, desde Inglaterra a Australia, el señor Birtles se propone realizar con este auto que aparece en el grabado. El animoso volante rodeado de sus admiradores antes de la partida

Foto Sport y General



CON OBJETO DE DESMENTIR las afirmaciones de la señora Logan respecto a que ninguna mujer había atravesado a nado el canal de la Mancha, la conocida nadadora Gleitze, que hace tiempo lo cruzó, intentó de nuevo la hazaña con mal éxito, pues estuvo a punto de ahogarse y tuvieron que sacarla a seis millas de la costa

Foto Sport y General

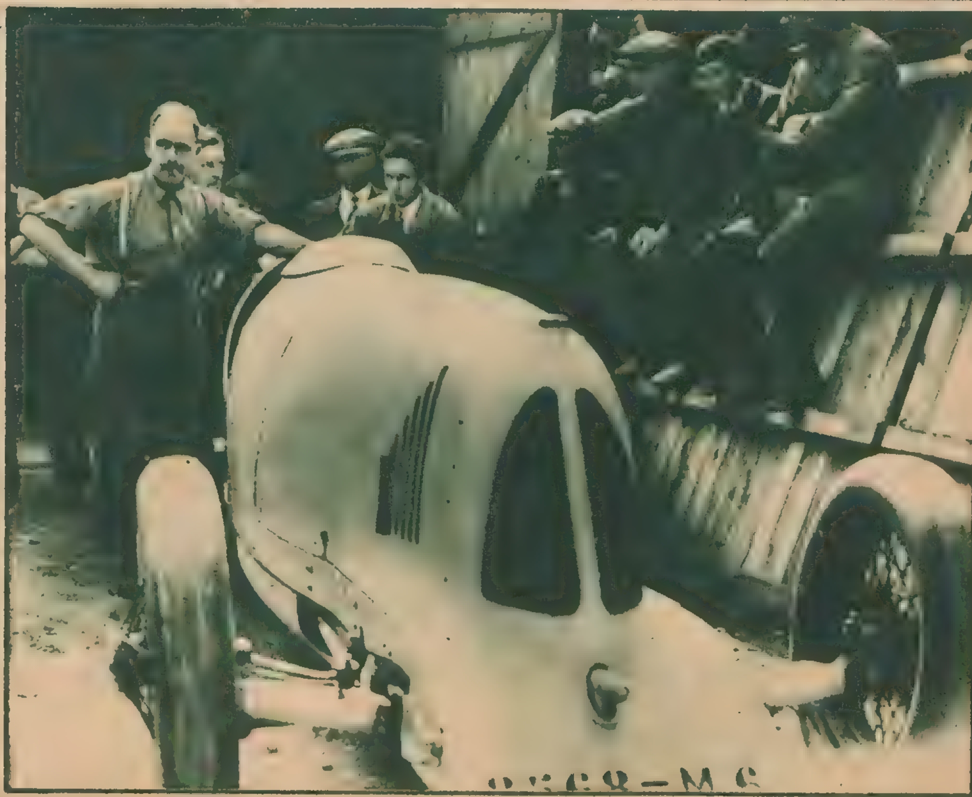


Foto Sport y General

MACINTOSH, aviador británico, está dispuesto a batir el récord de distancia en aeroplano. Ha levantado vuelo en Inglaterra y piensa efectuar el raid hasta la India sin etapas. El piloto con un núcleo de amigos

Foto Weit-Photo

DESDE INGLATERRA al África del Sur ha iniciado otro raid el piloto Bentley, a quien se ve en esta fotografía recibiendo el saludo de la aviadora Carberry



JULIO FORESTI, famoso volante italiano, piensa con este auto batir el récord mundial de velocidad que retiene el mayor Seagrave, quien ha llegado a un promedio de ¡327.98 kilómetros por hora!

Foto Sport y General

GRAN CONCURSO NACIONAL

del JABON de Sales de "LA TOJA"

¡¡¡608 premios, todos en dinero!!!

(Exclusivamente para los consumidores del Jabón de Sales de "LA TOJA")

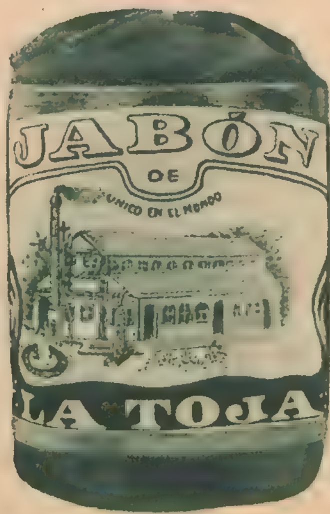
1.er premio	. . . .	$ 2.500.—	m/l. en efectivo
2.° "	. . . .	$ 1.000.—	" " "
3.° "	. . . .	$ 200.—	" " "
4.° "	. . . .	$ 100.—	" " "
5.° al 8.° premios	$ 50 c/u.	$ 200.—	" " "
9.° " 608.° "	$ 10 "	$ 6.000.—	" " "
Total **608** premios por		$ **10.000.—**	m/l.

Además, cada uno de los 20.000 primeros concurrentes a este Gran Concurso, aparte del premio que pueda corresponderle, recibirá un hermoso Atlas de la República Argentina (con 10 láminas a colores) en cuanto envíe la solución solicitada, acertada o no, **junto con dos etiquetas** de las que envuelven el **Jabón de "La Toja"**.

Se trata de marcar con una crucecita a pluma o lápiz el sitio donde se halla ubicada la isla de "La Toja", en la Ria de Arosa (Provincia de Pontevedra en Galicia, España) isla en que han sido levantados el famoso Balneario y la Fábrica de Jabones de "La Toja", elaborados a base de las sales naturales extraídas de los manantiales que brotan en dicha isla y sus alrededores. El mapita que lleva el cupón adjunto comprende las cuatro Provincias de la región gallega, a saber: Coruña, Lugo, Orense y Pontevedra.

Ganará el primer premio quien envíe ***antes del día 30 de noviembre de 1927*** el cupón adjunto, (junto con dos etiquetas de las que envuelven el jabón de "La Toja") indicando con la mayor exactitud el lugar en que está la isla de La Toja; ***los siguientes premios*** se irán acordando en el orden que las indicaciones se vayan anotando menos exactas. Caso de haber dos o más soluciones iguales, se procederá por sorteo público el día, hora y lugar que se avisarán en esta misma publicación. Cada concurrente puede mandar todas las soluciones que desee, ***siempre que cada una de ellas venga con las dos etiquetas indicadas.***

JABON de SALES de "LA TOJA"



El más barato de los jabones finos y posiblemente el más fino de los jabones de tocador.

Uselo en agua dulce, en agua salada, en aguas termales. Siempre le dará rendimiento. No hay otro que tenga la propiedad de no cortarse nunca.

Uselo como preventivo contra contagio por ropas o menesteres de personas enfermas o con ellas mismas. Es muy aséptico.

Es suave y blando; no se frote con él porque no es preciso. Si sabe usarlo le durará mucho.

UTILICE ESTE CUPON

Señores POLLEDO & Cía., Bmé. Mitre 1352, Buenos Aires.

De acuerdo a las bases del Concurso anunciado en "Mundo Argentino" acompaño el mapita de Galicia con la indicación y dos etiquetas del Jabón "LA TOJA" del que soy consumidor.

Nombre ....

Domicilio ....

Mapa del contorno de Galicia



Es preciso señalar con una crucecita a pluma o lápiz el sitio (dentro de este mapita) en que se halla la famosa isla de "La Toja", cuyos manantiales maravillosos proveen las sales medicinales que se utilizan para la fabricación del Jabón de "LA TOJA"

NOTA IMPORTANTE. — Hemos suprimido las preguntas acerca de personalidades de Galicia debido a las discusiones producidas con respecto a los valores que las mismas representan. Por lo tanto se considerará correcta toda solución que indique solamente el punto exacto donde se halla la isla de "La Toja".

El Jabón de "LA TOJA" no es un producto de laboratorio; es un verdadero don de la naturaleza.

Notas gráficas del Uruguay





CAMPEÓN RIOPLATENSE DE BASKETT BALL se clasificó el equipo del Sporting Club Uruguay, que venció ampliamente al del Hindú Argentino



PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL MURO DE LA RAMBLA SUD se llamó a licitación, abriéndose las propuestas en el local de la Comisión Financiera. Algunos de los constructores que concurrieron al acto de la apertura





TAMBIÉN COSTES Y LE BRIX, los bravos aviadores franceses, fueron entusiastamente recibidos en Montevideo. Los pilotos al descender del avión



CON MOTIVO DEL ANIVERSARIO de la muerte del dramaturgo Florencio Sánchez, se efectuó un homenaje a su memoria en el Palacio Legislativo, asistiendo selecta y numerosa concurrencia. En óvalo, el Ministro de Instrucción Pública dirigiendo la palabra al público



A LA LLEGADA DE LOS AVIADORES FRANCESES al Parque Hotel de Montevideo. Junto a Costes y Le Brix en esta fotografía se ve al aviador uruguayo Larre Borges

FOTO CARLBO


Malta

Comentarios del cine

Por Néstor

EL ABOGADO RANDALL Y... SU MARIDO. — Una comedia a la que no le falta ninguna de las buenas cualidades de las comedias, es esta que ha servido como un motivo más de lucimiento para Florence Vidor.



BETTY COMPSON Y WILLIAM COLLIER en un pasaje de "El Secreto de Eva", producción muy bien interpretada por ambos artistas

En los risueños episodios de la vida de este matrimonio Randall, en el que la mujer y el marido son abogados, pero que, en la práctica ella resulta mejor abogado que él, hay mucho de inverosímil, mucho de falso, pero pase ello en homenaje a la gracia de la pieza. Bien vale la pena apartarse de la realidad si con ello se ha de deleitar a las gentes.

Argumento, decorados, dirección, etc., son cosas a las que no habré de referirme, porque es ocioso hacerlo. Baste con destacar lo que es el mérito central de esta película: la felicísima interpretación de Florence Vidor, cuyo exquisito temperamento y delicada feminidad vuelven a ponerse de relieve una vez más, dando realce a su indiscutible talento.

CORREO CINEMATOGRAFICO

Gioconda (Capital). — ¡Quién tiene la razón en este conflicto del divorcio de Carlitos Chaplín y Lita Grey! Es la suya una pregunta que, aunque sencilla en apariencia, tiene su fondo de complicación. Más complicado aún si conociera mi respuesta así, como me sale espontáneamente: **Yo creo que Carlitos tiene la razón y... Lita también la tiene.** Después de esto, usted, Gioconda, dirá que estoy "chiflado", pero verá que no es así, y que, al contrario, lo mismo que Carlitos y Lita..., yo también tengo la razón.

En primer lugar: ¿sabe usted cuál fué el motivo de la separación, según consta en el proceso judicial? El mal "genio" de Carlitos. Ese mal genio, que lo llevaba a hacer cosas como la que sirvió de pretexto a la ruptura, que fué éste: Una noche, Carlitos, que regresaba a su casa un tanto "alunado", halló en ella a su esposa en reunión con varias amigas ensayando un aparato de radio. Carlitos, que no estaba para aguantar visitas, se plantó en medio de la sala, y con modales no muy corteses, despidió de allí a todo el mundo. Este "gesto" le cuesta a Carlitos, ahora, ¡cinco millones de pesos! Un millón y medio para Lita; otro millón para los dos nenes y tres millones entre pago de abogados, gastos, pérdidas de tiempo y suspensión de su película "El Circo". Pero, hablando en confianza, yo creo que aunque no hubiera sido por aquello que les hizo a las visitas, tarde o temprano Carlitos y Lita tenían que divorciarse. ¡Por qué? Sencillamente, por "eso" que dijo Lita al tribunal: por el "genio" de Carlitos; es decir por el "genio" de este genio, pues, en verdad, Carlitos es un genio auténtico, y, como es sabido, a los genios no les sienta mucho la vida matrimonial. Las mujeres no pueden comprenderlos. Que es más o menos lo mismo que les ha ocurrido a las pocas mujeres geniales que han existido: los hombres no sabían comprenderlas. Es que la comprensión de un genio es cosa difícil, harto difícil. A veces, consiste en obedecerle, y otras, en contrariarle; en ocasiones hay que callarse la boca y en otras irse de su lado, dejarle solo... En fin: una continua complicación. Y ¡qué esposa hay que sea capaz de eso! No vaya a suponer, Gioconda, que esto es un macaneo que yo hago. Nada de eso. Estas ideas han sido expresadas ya por la ex esposa anterior de Carlitos Chaplín: Mildred Harris (que se volvió a casar con Terry Mac Govern, de quien se divorció, también), la cual, con motivo del sensacional divorcio de Carlitos y su sucesora, Lita Grey, publicó en el diario "The Examiner" de Los Angeles, las "memorias" de su vida matrimonial con Chaplín, titulándolas: "Mi vida con un genio", en las que decía que éste es un "bicho raro", incomprensible, complicadísimo, paradojal, etc", etc., y que "ninguna mujer podría llegar a ser feliz con él". Yo creo que Mildred tiene razón; que Carlitos es todo eso y mucho más; pero también opino que Carlitos tiene razón, y que todo, todo lo que él hace está bien, porque todo en él es genial: al fin, nadie podrá negar que el "sentido común" es una cosa harto vulgar y hasta prosaica..., y que bien vale la pena "hacerse el loco" de vez en cuando, siquiera sea por romper con la vulgaridad... ¡Se explica usted ahora las dificultades que debe ofrecer la vida en común con un genio como Carlitos! De ahí que yo le dé la razón también a Lita, pues creo que la tiene, y bien ganada. Carlitos "es como es"; muy bien. Y nadie puede obligarla a Lita a que lo soporte; muy bien, también. Y si no está conforme, Gioconda, vuelva a escribirme, que le daré más explicaciones. Hasta entonces.

Buster II (Bahía Blanca). — No, señor. Yo no le tengo rabia a Buster Keaton, ni a nadie. (A mi edad la hidrofobia ya no prende en las personas.) Si alguna vez he dicho que Buster no es cómico, o que no me convence como tal, es porque tengo mis razones para ello. Dice usted que Buster es "comiquísimo" por la seriedad inmutable de su rostro aun en las situaciones más risibles. Eso es, justamente, lo que dicen todos los que exaltan a ese actor. Pues bien, esa seriedad no tiene nada de gracioso, y no es tampoco un mérito. Eso es, simplemente, un efecto, un efecto vulgar que Buster Keaton ha convertido en su "clisé"... a falta de otras cualidades mejores. Decir que la seriedad de Buster Keaton basta para consagrarlo, sería lo mismo que pretender que a Carlitos Chaplín le hubiese bastado con usar esos clásicos zapatones que lleva siempre para triunfar, y que toda su gracia está en caminar como él lo hace. No, señor. Carlitos es gracioso por algo más que por su indumentaria o por su manera de caminar. Es gracioso por su expresiones, por sus gestos, por su mímica, por su manera de accionar o de... no accionar. Y la mayor gloria de Carlitos está en que no siempre hace reír, sino que, a veces, hasta hace llorar... Y, más aún, otras veces, hay tanta, tanta amargura en su gracia, que ésta se torna trágica, y aunque uno no puede menos que reír, reímos y lloramos simultáneamente. En cambio, Buster Keaton, ¡cuándo nos hace, no digamos llorar, ni siquiera emocionarnos! Una cara seria, eternamente igual, inmóvil, inexpresiva... ¡Eso no es una cara: es una careta! Y si eso es un mérito, cualquier otro actor podría alcanzarlo fácilmente y mejor poniéndose una máscara. Compárelo a Buster con Carlitos, y no sólo notará la diferencia, sino, también, la nulidad absoluta de Buster. Este, lo mismo que Harold Lloyd, necesita de una situación ridícula para provocarnos la risa: Carlitos, en cambio, nos hace reír él, sin ninguna situación. Basta verlo a él, a él solo, para estallar en una carcajada. Y, sobre todo, después de cada película suya después de reír, hay mucho que pensar... Piense usted también, amigo Buster II, y es posible que lleguemos a ponernos de acuerdo. Y verá entonces que no es preciso "tenerle rabia" a su admirado bufo para comprender que le hace falta mucho para merecer el lugar de honor en que las conveniencias de alguna empresa cinematográfica lo ha colocado.

E. M. (Mendoza). — ¡En qué estado se halla el cine en la Argentina! En la edad de piedra... Monte Blue gana cuatrocientos dólares por semana.

Marianela (Capital). — Creo lo mismo que usted. Ese nombre se lo averiguaré. Saludos.

X. X. X. (Santiago). — A Marjorie Daw escríbale a "Metro Goldwin Studio, Culver City, California". A Fred Thompson a: "Paramount Studio, 5451, Marathon Street, Hollywood, California". Escríbales directamente; será mejor.

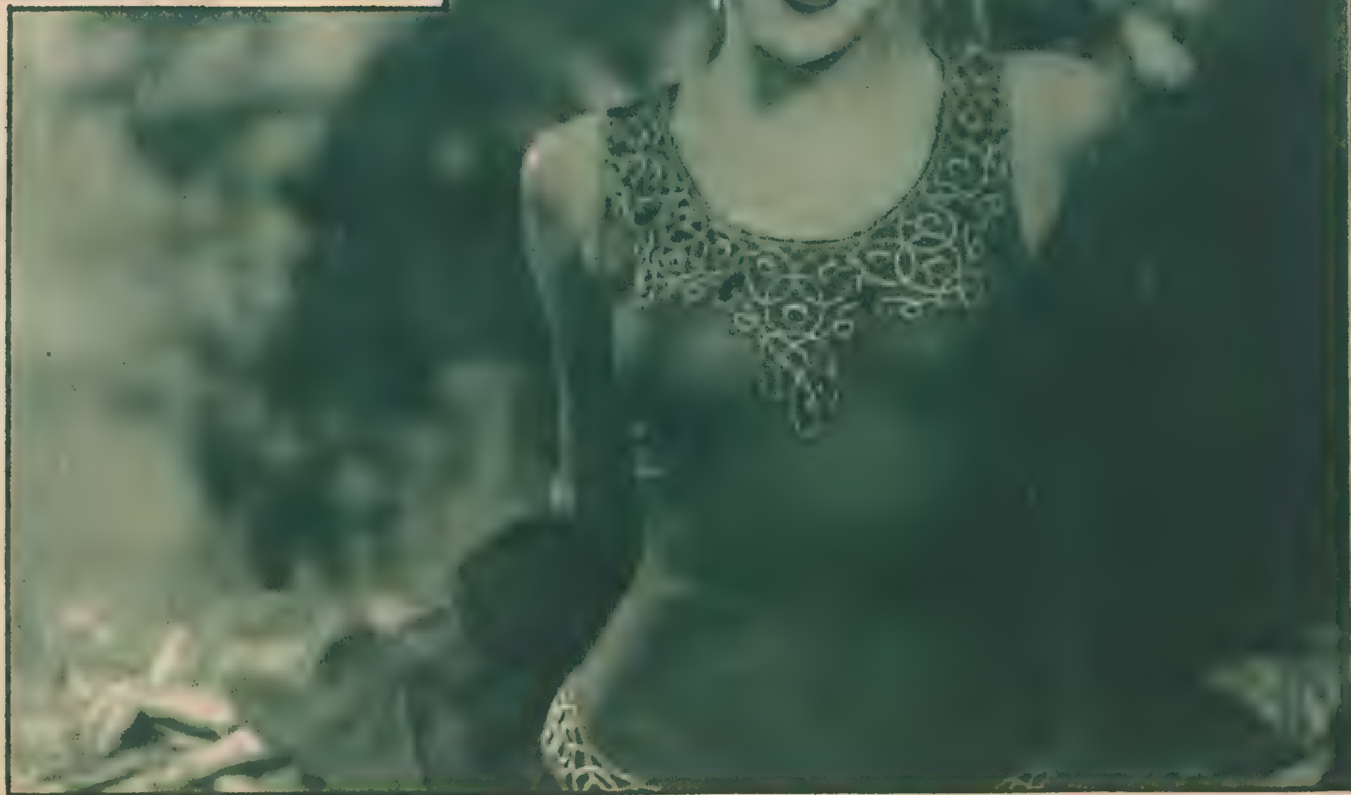
H. P. (Mendoza). — Nada de "señora" o "señorita"... Yo soy señor, ¡no me ve la barba! Y aquí, en mi "rinconcito", nada de mujeres: me gusta vivir tranquilo... ¡Lily Damita! Austriaca, soltera, es decir, divorciada, naturalmente. Trabaja en la "Sascha Film A. G., Viena, Austria". Anda en los treinta.

Bice (San Paulo). — ¡Así que ya tengo nietecitas por el Brasil también! ¡Cuánto me alegro! Y sobre todo, nietecitas como usted, que al ver su retrato (le juro) me hizo rejuvenecer por lo menos cincuenta años para sentirme en los veinticuatro... Muchas gracias por el "beguin". James Hall, llamado por verdadero nombre James Hamilton, es soltero, nacido en Tejas el 22 de octubre de 1900; mide un metro y ochenta centímetros y pesa setenta y ocho kilos. Antes de entrar al cine, con la Famous Players, fué estudiante, granjero, corredor de seguros y actor de teatro. En Chicago casi lo hicieron casar con una bailarina..., pero, en fin, esto es muy largo. Discúlpeme, tengo que contestar muchas otras preguntas. Hasta prontito.

Barry Norton (Devoto). — Barry no tiene "novia oficial" hasta ahora, que yo sepa, y le aseguro que en cuanto la tenga me lo comunicará sin falta. Lloyd Hughes es casado, con Gloria Hope, y tienen un hijito llamado Donald Reid. Lloyd tiene actualmente veintiocho años, y nació en Bisbee (Arizona). Barry Norton tiene veintidós años; es argentino. Está en la Fox Film.

Todos los Hermanos (La Plata). — ¡Roy D'Arcy! Nacido en San Francisco de California, el 10 de febrero de 1894 y casado con Laura Rhinock Duffy. Lo demás es cuento, mi amigo. Aquí nadie sabe de eso más que yo.

(Continúa en la pág. 33)



SUE CAROL es esta simpática chica que aparece en "Cojines Blandos", donde triunfa por su juventud y su belleza

FOTO PARAMOUNT

La Musa Argentina

MUJERES HERMOSAS

Caricia de los ojos, armonía
del espíritu, gloria formidable,
vosotras poseéis el inefable
resorte que descubre la poesía.

Ilumináis con la blondez del día
en esta obscura vida impenetrable
y ponéis en el hombre miserable
un milagro de dulce melodía.

¡Oh mujeres hermosas, todavía
vosotras sois la gloria del camino,
el cántaro de agua de alegría,

la voz de aliento que nos dice: "Espera",
y por vosotras el fatal destino
se hace paloma siendo torva fiera!

LÓPEZ DE MOLINA.

BROCHAZO

Baja el torrente bramando,
serpentea, se dilata,
se atropella y corre a escape
como cuádriga violenta
que rompe el freno y desata.

Sobre dos riscos sentados,
ambos vueltos cara a cara,
hablamos de amor, y a veces
hay reflejos de pupilas
que nos chamuscan la cara.

No sé después qué decimos.
(Tú te pones colorada...)
Y yo susurro vehemente
al caracol de tu oído
la tierna palabra amada.

En la ráfaga ondulante
flota y cruje al mismo tiempo
el vapor de tu vestido
y la seda de tu enagua...
Sobre patenas de luna
hay comuniones de besos
y abrazamientos de hiedra.
Nos mira un ojo de agua
con los párpados de piedra
y las pestañas de espuma...

RAÚL RUBIANES.

PLEGARIA

¡Señor! Por la piedad que siempre brota,
como soberbia nota,
del cántico sublime de tu vida,
prodiga a quien mi corazón exalta
la grandeza que falta
en mi pecho y la sangre de mi herida.

De mi herida, que en tétrica jornada
por la mujer amada
se abriera en lo profundo de mí mismo,
como la boca Tú en la cruz abrieras
y sacro perdón dieras
al que rodaba al fondo del abismo.

¡Señor! Por la pureza de María
haced que el alma mía
se llene de cariño y de dulzura,
para ofrecer así a la que es todo,
en mi ser y en mi modo,
una fuente insondable de ternura.

Haced que en la humildad de mi existencia
ella sea la esencia
que mitigue mi pena y mi dolor,
y juntos recorramos el camino
que nos marca el destino
en pos de la quimera y del amor.

Haced que la pasión que me sofoca
y mis ansias provoca
se convierta en un místico rogar,
para pedir de hinojos a tus plantas
que si hoy existen santas
a ella la coloques a la par.

¡Señor! Una y mil veces yo te imploro
que obedezcas al coro
que producen mis súplicas de hombre:
¡Señor!, si muero antes de verla mía,
manda que en mi agonía
a Ti recuerde al pronunciar su nombre.

LEONARDO A. COLOMBO.

Hojeando los últimos libros

Por **Carlos Pirán**

EUGENIO JULIO IGLESIAS

"Anaquel"

Edición Gleizer. Buenos Aires

Ha reunido en este volumen, el conocido escritor argentino Eugenio Julio Iglesias, una serie de relatos y cuentos cortos, escritos con la corrección que caracteriza a las producciones de este inteligente hombre de letras.



Eugenio Julio Iglesias

Es verdad que no todos los temas que motivan tales relatos encierran un argumento que los justifique. Una amable y fugaz incidencia en la vida diaria de esta bulliciosa urbe; las evocaciones de algún capítulo de tal o cual libro leído, han brindado al autor de "Anaquel" la feliz oportunidad de escribir un cuento. Pero la trivialidad de los argumentos llega, por momentos, a adquirir interés por la forma fácil y ligera en que se desarrolla el diálogo; por las descripciones acertadas o vigorosas. Intercala el señor Iglesias, con una frecuencia insistente, máximas y metáforas. Dijérase que el diablillo travieso de la filosofía se afanara en substraer al escritor de los pensamientos ligeros y banales, que hacen la vida alegre y el mundo agradable, para sumergirlo en las profundidades de las interrogantes que intranquilizan el espíritu. Así, de una manera brusca, por lo inadvertida, pasan algunos relatos del tono jovial y festivo, con no pocos rasgos de un humorismo sano, al trascendental y grave. Nótase algo así como una preocupación en conservar el tono irónico de algún autor predilecto y admirado, de cuya influencia no podemos substraernos.

Y es que cuando alguno de nosotros trata de reconstruir su biografía intelectual, encuentra siempre un período "anatolefranciano" que ha dejado en el espíritu una huella duradera. No es posible leer "Thais" sin experimentar la tentación de las evocaciones helénicas, como es difícil substraerse al deseo de filosofar amablemente sobre las cosas de la vida al cerrar la última página de las "Opiniones de Jerónimo Coignard". Tanta es la aparente naturalidad de aquella prosa divina, que se cae fácilmente en la inocencia de imitarla...

Todos hemos escrito, así, reflexiones irónicas y diálogos escépticos con la secreta intención de acercarnos al modelo inimitable. Pero, al pasar los años, aquellos garabatos nos hacen sonreír con la sonrisa llena de ternura que provocan siempre las ilusiones generosas de nuestra juventud.

El autor de "Anaquel" no ha salido del todo de ese período "anatolefranciano" de que hablábamos. A cada rato se siente la influencia del maestro, y como esta influencia sólo alcanza a los espíritus sutiles, el señor Eugenio Julio Iglesias nos dará en breve las producciones verdaderamente personales que dejan entrever las páginas mejores de "Anaquel".

ROSALBA ALIAGA SARMIENTO

"Una Mujer Siglo XX"

Editorial Tor. Buenos Aires

Hace muy poco tiempo, comentando en estas mismas páginas un libro dedicado a la señora Regina Pacini de Alvear, decíamos todos nuestros reparos de ciudadano escrupuloso obligado por las circunstancias a emitir su opinión sobre un volumen puesto bajo tan alto patrocinio. No nos parecía cortés, en efecto — y aun después de veinte días seguimos creyendo lo mismo,— discutir los méritos de un trabajo dedicado en esa forma. Cierto es que legalmente no existe en nuestro país una Presidenta; pero sería ingenuo recurrir a chicanas...



Rosalba Aliaga Sarmiento

La señorita Rosalba Aliaga Sarmiento no contenta con merodear por la novela y el cuento bajo la mirada complaciente de la policía literaria —¡quién se atreve a decir la verdad a una mujer joven y hermosa!,—ha querido ahora refrendar sus producciones con el visto bueno de la más alta autoridad "oficial" en la materia. Y no sólo dedica su libro al señor Ministro de Justicia e Instrucción Pública, sino que le pide, además, un prólogo para sus cuentos. ¡Dedicatoria al ministro y prólogo del ministro! Santo Dios, ¿qué va a ser de la crítica a este paso? Porque, ¿qué literato o qué crítico no aspira a una cátedra, una asesoría o una inspección? Y, ¿cómo conciliar la libertad de la crítica con la obligada adulonería al señor ministro, si al señor ministro le da en mala hora por colocar prólogos a los libros que aparecen? El señor ministro dice que los cuadros del libro de la señorita Aliaga Sarmiento "son tomados de la realidad social argentina, y que la artista no ha puesto en ellos sino los tonos con los que su paleta policroma y su fina sensibilidad exornan sus producciones ya tan justamente apreciadas". Y ahora digo yo, ¿quién es lo insuficientemente adulón para afirmar que en "Una Mujer Siglo XX" no hay nada de eso, absolutamente nada de eso?

PEDRO S. CHERRUTTI

"Los Jardines del Iluso"

Editorial Tor. Buenos Aires

Los poetas que gustan confesarse en los prólogos de sus libros son siempre utilísimos a los lectores y a los críticos. Basta casi siempre leer ese prólogo para tener del libro entero una idea bastante justa, o, por lo menos, aproximada. El señor Cherrutti, propietario único e indiscutido de "Los Jardines del Iluso", dice así en los primeros versos de su libro:



Pedro S. Cherrutti

"Estos son, noble lector,
"Los Jardines del Iluso",
donde la suerte dispuso
perfume mi ensueño en flor.
No busques en los marchitos
arriates de estos triviales
jardines, flores triunfales
de nectarios exquisitos."

En rigor de verdad, ya no es necesario seguir leyendo para saber qué puntos calza el señor Cherrutti. Pero leyendo algunas hojas más he encontrado esta otra confesión, que sería un verdadero crimen dejar sin transcribir.

"Perenne enamorado de la luna,
vierto mis armonías en las [rachas...,
no ambiciono el favor de la [fortuna,
y amo el sucio arambel de las [covachas."

A la galería desopilante de "Hojeando los últimos libros" queda, pues, incorporado desde hoy este delicioso enamorado del "sucio arambel de las covachas".

De la laguna al cabaret

(CONTINUACIÓN DE LA PÁG. 7)

ño encargo, le inquirió el destino que llevaba. Don Froylán hizo un gesto de sorpresa.

—¿No lo sabe? — contestó. — Me voy pa Güenos Aires.

—¡Otra vez!

—¡Seguro que sí!

—¿A los cabareses, de fijo?

—A todos los que haiga, güenos y malos; esta vez los voy a recorrer uno por uno.

—Pero..., ¿no me acaba de contar que lo han timao bárbaramente?

El paisano calló, y cerró los ojos; una sonrisita sutil dibujaron sus labios, como burlándose de la candidez del amigo.

—Es verdá — repuso. — Reconozco qu'es un enterradero de plata; reconozco que dende el cochero que lo trai hasta el portero que lo despide, son todos una punta 'e bandidos; pero, ¿qué quiere?..., ¡es lindo dir al cabaré!...

Y a tiempo que el tren salía, añadió a gritos:

—Y vea, compadre; si el cabaré no juera un robo, naide iría. ¡El que no quiera gastar, que se quede a divertirse en la laguna!...

El amor a la patria

Por RICARDO LEÓN

HAY muchos modos de amar a la patria. Esa inquietud, ese descontento en que vivimos, nos fuerza a trabajar, a descubrir nuevas rutas, a emprender caminos de perfección. Los resignados, los satisfechos, los aduladores de la vanidad nacional son los peores enemigos de la patria. Más hacen por ella quienes luchan y se revuelven contra los vicios seculares, contra los rancios patrones, contra la pereza vestida de retórico patriotismo.

Es más necio y cobarde volver los ojos a lo pasado y llorar eternamente a los muertos, que defender a los vivos y afrontar con energía lo porvenir. Amar las cosas es mejorarlas... El progreso es obra de los revolucionarios en todos los órdenes, de quienes han sabido deshacer entuertos, enmendar sinrazones e imponer el ideal con generosas arremetidas. El amor no duerme, sino que vela con la lanza en ristre y el corazón lleno de sublimes locuras. El heroísmo huye del sosiego y ama la inquietud sobre todas las cosas... Dejemos ya los sepulcros y las ruinas, la grosera comodidad del surco y el escabel junto al fuego...

Olvidemos los ditirambos a la edad fabulosa de las pródigas castañas y las solícitas abejas... Orientemos nuestros ideales por encima de los tejados, cielo arriba, al sol de este nuevo renacimiento universal.

¿Para qué encerrarnos en nuestra antigua torre a morir entre libros viejos y armaduras mohosas? ¿Qué vale ya lo que fué? Lo futuro será lo que nosotros queramos que sea.

¿Sabe usted...

cómo se producen los llamados "pozos de aire"?
— cuál es la nación que cuenta con mayor número de poblaciones que exceden de cien mil almas?
— qué obra es la que ha obtenido más éxito hasta hoy en el Río de la Plata?
— el nombre de la reina que convivió con sus tropas?

Los "pozos de aire", o mejor dicho, "pozos de vacío", son generalmente producidos por el descenso rápido de una nube que deja a su paso una columna de vacío más o menos considerable, según la importancia de la nube, y la velocidad de su carrera. El fragor del trueno y las detonaciones terrestres originan también vacíos en la atmósfera.

Las sirenas son discos metálicos con una serie de orificios próximos al borde. Si se hace girar el disco y se dirige contra él una corriente de aire que pase por un tubo se hace sonar la sirena.

De todas las naciones del mundo, Estados Unidos es la que cuenta mayor número de poblaciones que exceden de cien mil almas: tiene cuarenta y seis; Alemania, cuarenta y cuatro; Gran Bretaña e Irlanda, cuarenta y tres; la India, treinta y dos; Rusia, veinte; Francia, catorce; Italia, once; Japón, diez; Austria, nueve; Turquía, siete, y España igualmente siete.

Una de las estatuas más monumentales del mundo entero es la de Pedro el Grande en Leningrado. Su peso se calcula en la friolera de mil toneladas.

En Francia se considera que toda chacra de cuarenta o más hectáreas constituye una explotación en gran escala. La explotación en escala media está comprendida por los terrenos cultivados cuya superficie es de diez a cuarenta hectáreas, y la menor se reserva para los lotes que no pasan de diez hectáreas.

Muchos rascacielos norteamericanos están dotados de un sistema de agua que al correr en momento dado sobre su fachada, permite combatir cualquier incendio en poco tiempo, por violento que sea.

El éxito de la inmortal obra de Hernández, "Martín Fierro", es el más extraordinario que haya ocurrido hasta hoy en el Río de la Plata. En 1894, a los veintidós años de la primera edición se calculaban sesenta y dos mil ejemplares entre las varias ediciones ofrecidas al público.

Durante la invasión italiana de Abisinia, la reina Taitú convivió con las tropas, y al frente de su guardia de honor tomó parte en el asedio del fuerte de Makalé. Los prisioneros italianos contaron que también la vieron dirigir una cantina en Addis-Abeba, capital de sus estados. La reina Taitú vivió hasta no hace muchos años.

Alejandro Magno tenía grandes aficiones por la horticultura. A él se debe el descubrimiento de ser las chauchas un excelente comestible, y en Egipto encontró que la cebolla era una comida de condiciones favorables a la salud, por lo cual la introdujo en Grecia como alimento de sus tropas.



El explorador Putman ha realizado una importante expedición a la regiones polares con objeto de tomar impresiones cinematográficas y realizar otros estudios. Es un hombre que tira muy bien con el arco, y por primera vez un explorador ha cazado osos polares valiéndose de esa arma primitiva. En esta fotografía aparece el mencionado explorador con uno de los osos que cayeron bajo sus mortíferas flechas

La agricultura conoce bien el malhadado influjo de las nieblas sobre las plantas. Favorecen la propagación de las enfermedades criptogámicas, y se ha llegado hasta suponerla origen de las caries y el carbón de los cereales. Las neblinas intensas y persistentes se oponen a la fecundación de las flores, ocasionando una hinchazón excesiva en sus estambres. En las regiones pantanosas la niebla contribuye al desarrollo de las fiebres palúdicas.

Los buenos tintoreros suelen sacar más de sesenta toneladas de rojo de la raíz de la planta llamada rubia de Persia. El añil da cerca de cincuenta variedades de azul y de la corteza de la granada se obtienen unos cuarenta tonos de amarillo.

La mosca doméstica no es sólo una molestia insoportable en ciertos sitios, sino que entraña grave peligro para la salud, pues transmite el contagio de numerosas enfermedades graves. En la Universidad de Cambridge funciona hace años un laboratorio destinado al estudio de las moscas. Se ha calculado exactamente el peso del molesto insecto, determinando que en un gramo entran 102 moscas.

Un laboratorio de Pittsburgo se ocupa en recolectar y purificar las emanaciones de radio, como un substituto del mismo elemento en los hospitales, y economizar así la costosa materia. Las emanaciones se purifican mediante tratamientos químicos especiales de gran minuciosidad.

Para evitar la destrucción de una vacada de Egipto aún se considera como cosa útil enterrar una vaca viva, o embadurnarla con alquitrán y pegarle fuego, hasta que la muerte haga presa en el infeliz animal.

El caballo y sus arreos correspondientes constituyen el único objeto de lujo entre los yakutes del norte de Siberia, los cuales hacen verdaderas obras de arte para ornamentar la silla de montar.

Si se coloca un reloj de bolsillo en el fondo de un tubo de fieltro no se oye el tic-tac sino aplicando el oído encima. Pero colocando un espejo inclinado a la boca del tubo se puede oír el tic-tac desde un costado.

Si se canta una nota junto a la caja de un piano abierto, la cuerda correspondiente a la nota cantada se pone a vibrar, experimento fácil de realizar en cualquier momento.

Se llama "licor de Labarraque" al hipoclorito de sosa, desinfectante empleado en medicina tanto para el uso interno como para el externo. Se denomina "Agua de Labarraque" cuando se le utiliza para el blanqueo de la ropa en substitución del agua de Javel.

El accidentado romance de Peggy Thayer

Por **Jaime Blair**

Por fin el señor Tom Evans iba a conseguir lo que durante tanto tiempo ambicionaba: casarse con la señorita Peggy Thayer. ¿Cómo interpretar de otra manera ese viaje que en compañía de su señora madre y del mismo señor Evans se disponía a realizar Peggy?

Iban al África, a cazar bestias feroces. "Peggy quiere cazar ella misma los animales con cuyas pieles adornará sus tapados", declaró una de sus más íntimas amigas. Y ya los tenemos en el África, dispuesto Tom Evans a conquistar definitivamente el corazón de Peggy, y a ésta a poner una vez más a prueba su excelente puntería y su valor, poco común para una mujer criada en las comodidades y halagos que le brindaba la fabulosa fortuna de su padre.



El viejo señor Thayer era, además de millonario, un deportista consumado y amigo de arriesgadas aventuras, y se dedicó a desarrollar en sus hijos ese espíritu. Así salió Peggy, arriesgada, valiente y de una confianza en sí misma que ya la quisieran para ellos muchos hombres. Baste recordar que entre las pintorescas incidencias de la vida tumultuosa de Peggy, la vez en que tomó parte en un concurso de equitación en Jackson's Hole, en Wyoming. En él intervenían las mejores amazonas de la región, y era esa una región de cow boys. El número principal del programa, que tenía como premio una valiosa copa de plata, consistía en jinetear, de uno a uno, una tropilla de potros. Se presentaron quince "cow girls", muchachas fuertes, rudas para el trabajo y muy de a caballo. La única forastera era Peggy, un producto de la alta sociedad de Filadelfia. Peggy batió a las hijas del Oeste. Y fué proclamada la reina de las amazonas.

Peggy Thayer, la millonaria que prefiere las selvas de Africa a la vida de las grandes ciudades



Harold Talbott que después de tres años ha logrado enamorar a Peggy

A una mujer así, ¿quién se le animaba a hacerle el amor? Aun los muchachotes fornidos y campeones atléticos salidos de las universidades, hallaban que el tren que llevaba Peggy era demasiado para un marido. Peggy había aprendido de su padre a amar los bosques, las sierras y los grandes lagos. El peligro la atraía de una manera fascinante. Vivía sedienta de aventuras, pero no de aquellas aventuras que brindan los grandes centros de población. Por eso una vez por año organizaba cacerías y excursiones en las cuales se corría toda clase de peligros. Es de comprender, ahora, que su viaje al África, a cazar animales salvajes, no podía sorprender a nadie.

Sin embargo, alguien sintió un escozor en el corazón cuando vió que Peggy partía en compañía de otro hombre, y fué Harold Talbott, de quien se había hablado, hacía un par de años, como del único hombre de quién podía enamorarse Peggy.

Harold había sido el rival más temible de Tom Evans para la mano de Peggy. Mientras Tom esperaba pacientemente que el tiempo serenase el espíritu de aquella, Harold le hacía la corte; una corte llena de peripecias, de aventuras casi salvajes. Porque Harold amaba, como Peggy, la vida al aire libre, el peligro que entrañan las grandes cacerías. Fué así cómo ambos organizaron, hace dos años, una expedición a los grandes lagos del Canadá. Acompañados por guías indios, provistos de excelentes armas y de todo lo necesario para acampar al aire libre, se internaron en las selvas Harold y una hermana de éste, llamada Elisa, Peggy y su hermano Carlos. Cuando, después de un par de meses, retornaron a la civilización, Elisa y Carlos se comprometían para casarse a las pocas semanas. Como se ve, Cupido no había permanecido inactivo en las soledades canadienses.

Harold volvió más enamorado que nunca. Peggy traía, entre sus trofeos de caza, la gigantesca cabeza de un ciervo salvaje. Y a ese trofeo había quedado, más unido que nunca, el corazón de Harold, que ahora debía su vida a la mujer que le negaba la felicidad.

Una tarde llegó al campamento uno de los guías con la noticia de que un ciervo gigantesco había sido avistado.

— Está a un kilómetro de aquí. Si se apuran podremos darle caza antes de que anochezca — dijo el indio.

La primera en ponerse de pie fué Peggy.

— Salgamos ahora mismo. ¿Me acompaña usted, Harold?

El aludido no se hizo repetir la invitación. Precedidos por el guía se dirigieron al lugar donde había sido visto el animal.

— Está allí — explicó el guía.—Detrás de esas rocas. Por este lado no es posible pasar, porque la barranca está cortada a pico y el río es muy profundo.

— Tomemos por aquí — sugirió Peggy, mientras señalaba con su rifle en dirección a las rocas.

— No, niña — respondió el indio. — Si tomamos por allí, el animal nos va a descubrir. Tenemos que marchar en dirección opuesta al viento, para que el ciervo no nos olfatee.

Como no había otro camino, y Peggy se había encaprichado en cobrar tan magnífica pieza, se decidió, aun a riesgo de que el animal los descubriera y se pusiera en salvo, acercarse a él por el sitio indicado por la cazadora.

Cubiertos por las grandes piedras pudieron llegar hasta pocos metros de donde se hallaba el ciervo. Pero una vez que salieron del resguardo que les ofrecían los peñascos, el animal percibió por el olfato, ayudado por el viento que soplaba a favor, la proximidad de seres extraños. Se dispuso a huir, buscando la única salida a esa especie de desfiladero. El guía, al ver que el animal avanzaba hacia ellos, le descerrajó un tiro. Herido de insignificancia, el animal retrocedió, enfurecido. Harold se dió cuenta del peligro que corrían, y, ayudando a Peggy a escalar unos rocas, iba a hacer lo mismo, cuando perdió pie y cayó.

El ciervo, baja la testuz, echando espuma por la boca, se adelantó, decidido, hacia el caído. Sus pezuñas, duras y cortantes, iban a pisotear a Harold, ya estaban a pocos pasos de él los cuernos macizos y poderosos de la bestia, cuando sonó un tiro. El gigantesco ciervo dió un resoplido y cayó de bruces. Una bala, disparada a tiempo y certeramente por Peggy, le había atravesado el corazón.

Episodios así no son fáciles de olvidar. Harold había estado a punto de perder su vida por salvar la de Peggy, y Peggy, a su vez, había pagado allí mismo esa deuda de gratitud.

Cuando se conoció esta aventura, las gentes dieron como un hecho el casamiento de los dos protagonistas. Pero pasaron dos años sin que tal cosa se realizara.

Pero, ¿en qué quedó la cacería en África?

En nada. Apenas llegados al Cairo, Peggy se enfermó de fiebre tifoidea, y cuando más la atacaba la fiebre, más llamaba a Harold. Evans, que no abandonó por un instante la cabecera de la enferma, se dió cuenta de que no era de él de quien estaba enamorada Peggy.

Además, a Tom Evans le agradaban las comodidades de la civilización, y creía, y se lo había confesado a la misma Peggy, que era mucho mejor comprar pieles en las grandes tiendas de la Quinta Avenida que ir a buscarlas uno mismo al corazón del África.

No bien retorne Peggy Thayer a Nueva York, formalizará definitivamente su compromiso con Harolt Talbott. Y éste está dispuesto a ir a cazar las bestias más feroces a los rincones más remotos de la tierra.

Será un matrimonio extraordinario, sin duda alguna, que amará más los riesgos de las selvas que los placeres de la ciudad.



Una bala, certeramente disparada por Peggy, le atravesó el corazón

LOS ADMIRADORES
Por JACINTO BENAVENTE

No recuerdo si lo soñé o me lo contaron. Fué un escritor, muy discutido en sus comienzos, que, por lo mismo, tuvo muchos admiradores: unos, jóvenes animosos como él: otros..., ésos que hallan en lo infructuoso de una labor combatida el mejor pretexto para no hacer ellos nada; otros, los muchos fracasados, que pretenden justificar con el fracaso de una obra ajena el fracaso de toda su obra. Todos estos admiradores admiraban más al escritor cuanto más combatido era. Cuando, por su trabajo y su constancia, llegó a tener verdadero público, los admiradores se desilusionaron: "¡Cómo! ¿Es posible? ¿Le gusta al público? ¡Qué indignidad! Es que ha caído en la bajeza de hacerle concesiones. Y no es el mismo." Y los admiradores le increparon por haberles hecho traición. Si era para todos, ya no podían ellos presumir de superiores al admirarle. Ya no tuvo admiradores fieles más que en sus fracasos; cuando no hacía concesiones al público. Si alguna vez, por descanso, por capricho o por necesidad escribía una obra, sin más pretensiones que las de ganar algún dinero, aunque en ella no ofendiera gravemente su sentimiento de arte, los fieles admiradores no podían consentirlo, y eran los primeros en protestar iracundos: "Qué indignidad! ¡Viene a buscar dinero!..." Y ellos, con sus protestas, eran los primeros en impedir que tan natural propósito, y por tan inocente medio, se lograra. Así, tuvo que resignarse a no tener dinero en su vida, para satisfacción de sus admiradores. ¿Buscarlo por otros medios? Menos aún: sus admiradores no lo consentirían: su deber era hacer arte, arte puro... Cuando murió, los admiradores acordaron costearle un monumento; se reunió poco dinero, y los admiradores resolvieron que aquello era una indignidad. Para hacer mal las cosas más valía no hacerlas. El monumento había de ser magnífico o no sería... Y no fué, en efecto. Los admiradores velaban fielmente su gloria póstuma como la velaron en vida.

No sé si lo soñé o me lo contaron; pero siempre que recibo una carta firmada por "Un admirador", me echo a temblar recordando la historia de aquella víctima de sus admiradores. Todas las cartas así firmadas son de alguien que pretende administrarnos la hacienda, la moral, el buen humor, lo que ellos llaman nuestros prestigios, nuestra vida pública y nuestra vida privada... No, ¡por Dios!, señores: yo no quiero ser admirado a todas horas ni en todos los actos de mi vida; que descanse vuestra admiración y que me deje descansar. No me escriban ustedes cartas, porque desde ahora no leeré ninguna que traiga por firma el consabido "Un admirador", como no incluya un billete de mil pesetas, única prueba de verdadera admiración que me ofrece alguna garantía y justa compensación del dinero que me habrán ustedes impedido ganar por admirarme demasiado.

LA VERDAD
Por MÁXIMO GORKI

¿Qué quiere decir verdad? ¡El hombre es la verdad! ¡Esto lo ha comprendido el viejo, pero no nosotros!

Sois duros de mollera. Yo lo comprendo... El viejo os ha engañado, pero lo hacía porque tenía compasión de vosotros...

Hay muchos que mienten por piedad al prójimo... ¡Yo lo sé, y lo he leído también!... ¡Con tanta habilidad!, ¡tan cándidamente! ¡Hay mentiras tan consoladoras, tan piadosas!... Yo conozco la mentira. Quien tiene corazón débil o está obligado a vivir del pan ajeno, tiene necesidad de la mentira: a unos infunde valor, a otros los desanima... Pero el que es dueño de sí mismo, el que es independiente y no vive del sudor ajeno..., ¿qué necesidad tiene de la mentira?

La mentira es la religión de los siervos y de los señores... La verdad, la divinidad de los hombres libres.

Es hora de purificarse

Con la llegada de la primavera coincide la presentación de las molestas afecciones cutáneas, como ser: granos, forúnculos, sarpullido, ezcema, acné, etc. Son éstas manifestaciones de una sangre sucia e impura, que se evitan con un sencillo tratamiento depurativo de la sangre, que consiste en tomar todas las mañanas en ayunas una cucharadita de azufre termado mezclado con miel o agua azucarada, que no sólo le librará de sus molestias, sino que le procurará una mejor salud y un mejor bienestar de su organismo.

El azufre termado, que no debe confundirse con los azufres comunes, o lavados, es un remedio famoso desde tiempo inmemorial, fácil de tomar y que puede administrarse en cualquier edad. Todas las farmacias tienen existencia.

Sepa quien sufre del estómago

que la causa de las molestias y dolores se debe a la producción excesiva de acidez, para lo cual la ciencia moderna ha descubierto un eficacísimo medicamento. Es el bicarbonato catálico, que neutraliza los ácidos y procura en todos los casos una digestión perfecta, evitando las terribles molestias, como hiperclorídia, ardor, pesadez, gastralgia, etc.

El bicarbonato catálico es un producto agradable, muy concentrado, por lo que es suficiente media cucharadita después de cada comida, para conjurar toda molestia o dolor. Se puede hallar en cualquier farmacia.

Una libra esterlina de premio

Al dibujo que ofrezca el mejor desenlace para esta historieta.

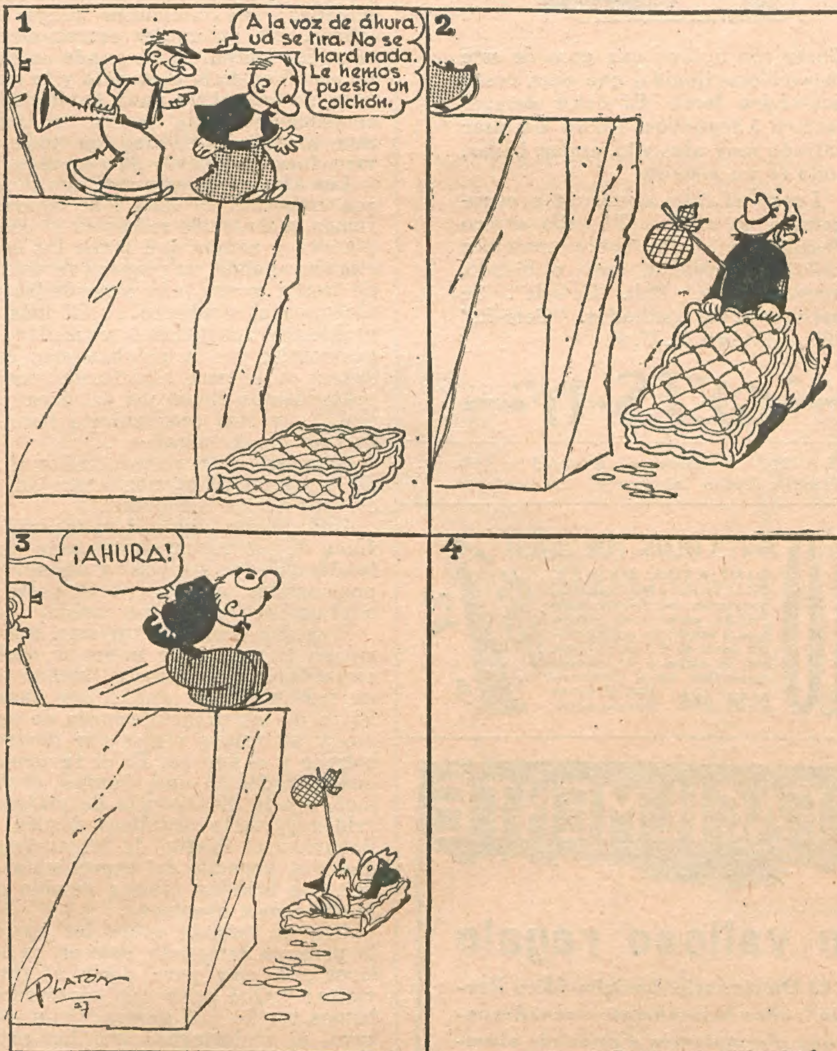
Advertencia: Los dibujos deberán ser hechos a pluma, sobre papel blanco, del mismo tamaño o en proporción al cuadrado número 4. Si se quiere, puede dibujarse en el cuadrado en blanco. Pueden enviarse tantas soluciones como cupones se acompañen. No siendo necesario un dibujo perfecto, sólo se juzga la habilidad para hallar un inesperado final.

Los dibujos deberán enviarse a esta Redacción, dirigidos al señor director de "MUNDO ARGENTINO", calle Río de Janeiro, 262, Buenos Aires, concurso

¿Cómo terminará esto?

Los dibujos pára el **CONCURSO Nº 17** deberán ser enviados antes del 30 de noviembre de 1927 y el resultado se publicará en el número del 7 de diciembre. El autor del TRABAJO PREMIADO, una vez publicado el resultado, puede pasar a retirar **LA LIBRA** en la administración de esta revista, y a los de provincias se les enviará a su domicilio.

¿CÓMO TERMINARA ESTO?



CONCURSO Nº 17

Nombre del remitente..

Domicilio ....

Comentarios del cine

(CONTINUACIÓN DE LA PÁG. 25)

Vilmans N. (M. del Plata). — Usted pregunta mucho, mucho... Le daré, por ahora, los domicilios. Vuélvame a preguntar lo demás: a Adolphe Menjou, Ralph Forbes y Esther Ralston escríbales a "Paramount Studios, 5451, Marathon Street, Hollywood, California". A Ricardo Cortez a "Columbian Studios, Hollywood, California".

Rodolfo R. R. (Ciudadela).—George Walsh fué en un tiempo uno de los galanes y atletas más promisores del film, pero abandonó y fracasó. Ahora ha vuelto, pero ya no reconquistará la gloria perdida. Nació en N. York el 16 de marzo de 1892. Se casó con Seena Owen, de la que se divorció, quedándole una hijita de nombre Patricia. Escríbale a "Beverly Hills, Hollywood, California".

POSTE RESTANTE

A fin de que los lectores y lectoras que me han escrito consultándome, y a los cuales no he respondido aún, en gran cantidad, no se impacienten, doy más abajo la lista de los que aguardan turno desde hace más tiempo:

Gota de Rocío, Perlita, Un Aficionado, Mechita, Virul, Princesita de Ojos Negros, Admiradoras de Valentino, Rudy, Monte Cristo, Loca por él, Tito, Iris, Rayito de Sol, Oscar M. (Río Cuarto), Sí, Lord Arthur, Lirio Rojo, R. Cortés, J. M. M. (Tres Arroyos), Alma de Artista, Realco, Rubia de Catriló, Estanciero, J. Compagnet, Manolito, Admiradora de M. Blue, El Caballero X, Mantequita, Olive, Satanella, Piscoyaquense, Loquita por un músico, Alma Rubens, Labios Pintados, Mlle. Perla Unzue, Titina, Admiradora de Novarro y Rudy, Un Aficionado (Buenos Aires), Antonito, Un Iluso, Tres Tucumanitas, Chichi Serrano, Danté, Zorrita, El Encanto de Coghlan, Dos Rosarinos, Mesalinas Modernas, Araca Corazón, Rudy Rex, Un Lector (S. Rafael), Lector (Azul), Aguaribay, Miguel, Dama Interesada, Jal, Desconocido Azuleño, Princesita Sollanico, B... B, Luzbel, Princesita del Jazz, It-it, Ninon de Lenglos, Cullen Landis, Tola, Delia, Pico de loro, Rayito de Luz, Loca por ti, La Chica del Cine, Catalina de Aragón, Nelly (la Chilena), Luis XV, Carmencita, Ojos que Lloran, Perlita (Buenos Aires), R. Cortés (S. Juan), Nat the Beu Geste, Besos que matan, etc., Charles, Venus Americana, Desesperada, N. R., Novia, Rubia (Reconquista), Elly Assett, No me olvides, Pájaro Negro, Admiradora de J. Barrymore, Leocadia, María del Luján, Porota, Enamorada, Quince Abriles, Dora y Alcira, Sonia, Ravicundo, E. Unzur, Mr. Wallace Reid, Ruseel, Preciosura, Interesado, English Wooman, Irene R, Nahty 30, Deseosas de Conocerlos, Betty Dey, Ojazos, Isidoro V., Emil Jannings, Italiano, Hijo del Mar, Criollita, Entusiasmado de R. y G., Enrique M., Héctor, Visión Beata, Dudosa, N. R. (Moldes), Cotorrita, Kuta, El As del Circo.

Asimismo, esperan respuesta particular las siguientes (enviadas con dirección): A. Méndez, A. del C. López. G. Ivaldi (h.), I. Rey, G. Manzanares, M. L. Gómez, C. Castilla, J. Brena, Y. M. Dreams, S. Páramo, A. Pedrera, C. J. Froment, M. T. Larrosa, M. L. Bozano, S. Deschamps, L. T. Azcoitia, B. S. Heredia, R. Sgnassa, D. N. Marana, N. G. Bardone, C. del Mónaco, L. Verdi, F. del Río, J. Risso, E. López, J. R. Bover, B. Flaqué, L. Herrera, K. Boorman, H. Méndez N., E. D. Bordonesi, G. Pereiro, C. Baumann, A. Solá, J. Carbone, C. Orta, R. Legnani, D. Conforti, A. Tizio, O. F. Garola, J. F. Roigé, S. Larrosa, S. de Lallo, J. Corrado, A. Ferrario, U. Hernández, A. Vargas, J. Bonomo, L. A. Rusca, R. Amespil, P. Vidal, A. Lucero. (Recibidas hasta el 14 de noviembre).

Turismo

Por TOMÁS L. BATISTA

ESTAMOS enfermos de trascendentalismo. Aquella percepción exagerada de las cosas que hacía ver a nuestro padre Don Quijote monstruos gigantes donde sólo existían tranquilos molinos de viento, nos hace sus víctimas, puesto que no nos deja gozar de la verdad sencilla de las cosas, ni hallar el valor preciso, útil y fundamental de lo pequeño, origen de todo lo grande.

Platón, Kant, Schopenhauer, Kempis y Nietzsche, en fin, todos los hombres graves, han enturbiado las claras fuentes, donde abrevamos nuestra sed de verdades, con sus inútiles disquisiciones complicadas; sus maliciosos juegos de palabras, con los cuales entretuvieron sus ocios intelectuales, hurgando en la diáfana sencillez de lo abstracto y lo material, para no encontrar nada trascendental ni enormemente útil, porque no hay sino una amable inutilidad en todo cuanto vive fuera y dentro de nosotros.

Los efectos de este mal que padecemos son claros. A la cosa más sencilla queremos encontrarle raíces en el centro del planeta y ramas que tocan las estrellas, cuando apenas su raigambre está a flor de tierra y sus más altas hojas no nos alcanzan el sombrero... El más simple problema antójasenos complicadísima geometría, y a la palabra más huera le damos un enorme significado, con el que pretendemos llenarnos la boca de verdad..., y sólo conseguimos llenarnos el corazón de desengaños...

¿Por qué querer desentrañar el secreto de los dioses, si apenas somos dueños del secreto de los hombres?

Hay mayor felicidad en aspirar el perfume de las rosas, contemplar riendo el temblor de las estrellas y oír sin preocupaciones las sencillas palabras de las voces que nos hablan con cariño.

Hay dos clases de turismo, que pudiéramos clasificar de activo y pasivo. El segundo es más cómodo, menos costoso; un turismo para andar por casa, libre hasta de las preocupaciones de esos largos y aburridos viajes que destrozan el bolsillo y el cuerpo. Es el turismo de los que, parados en una esquina, contemplamos, con la displicencia de viajeros aburridos y cierto orgullo desdén de millonarios, el desfile de los turistas verdaderos, gozando del espectáculo curioso que nos brindan ellos a cambio del que le ofrecemos nosotros...

Con la ventaja sobre los turistas de la primera categoría, esto es, de los "activos", de que para decir al fin de la visita: "¡Qué gente tan pintoresca!", no hemos tenido que gastar ni un solo centavo, ni molestarnos con las preocupaciones de un largo y aburrido viaje.

Aunque todo sea hijo de la ilusión... ¿No habéis oído decir al maestro Anatolio France que "prefiere a la amarga realidad, una sabrosa y perfumada mentira?"

El amor en refranes

Amor de asno, coces y bocados.
El amor del forastero
es como la golondrina,
que cuando pasa el verano
a su tierra se encamina.
Amores reñidos, los más queridos.
Amores en mujer fea, ningún cristiano los vea.
Amor y celos, hermanos gemelos.
Amor desordenado, raíz de todo pecado.
Amor y gravedad no hacen hermandad.
El amor de la mujer echa al hombre a perder.
El amor de la mujer, en la ropa del marido se echa de ver.
El amor es fuego; pero con él no se cuece el puchero.
El amor es rey y reina sin ley.

La Página de la Mujer

Por Dama Gris

PARA LA MUJER ELEGANTE. — Vuelve a hablarse con cierta insistencia del pantalón, que, según se dice, vendrá a formar parte de los vestidos femeninos. Las revistas extranjeras de modas insinúan el motivo y todo hace presumir que la traviesa idea está ya incubada en el cerebro de los maestros forjadores de esas novedades.

¿Tendrá éxito esa innovación que algunos modistos pretenden defender en gracia a que, según su criterio, el pantalón es una prenda cómoda que se aviene muy bien a las actividades de la mujer moderna?

La tentativa no es de ahora; se re-

> La mujer no es vieja mientras inspira amor. Pero, ¿qué significa ser vieja? No poseer hermosura, ni atractivos. Si una mujer conservase hasta la edad de cien años todos los encantos de la juventud, sería más joven que otra de veinte años que los hubiese perdido.
>
> KARR.

cordará que ya en otras ocasiones se intentó la extravagancia, que fué recibida con rechifla general, y fracasó de inmediato. El pantalón, sin embargo, ha sido adoptado ya para la toilette femenina en determinadas ocasiones en que casi está justificado. Para montar a caballo y practicar ciertos deportes se puede decir que casi es insubstituíble. Como coquetería y alguna comodidad, el pijama, para ser usado en la intimidad, y escogiendo modelos discretos, también es aceptable. Pero nada más. No creo que haya otros trajes, momentos ni ocasiones en que esté indicado el uso del pantalón en la mujer. Esta es mi opinión.

Sin embargo, no me atrevería a pronosticar sobre el éxito de la nueva moda en esta época en que las mayores rarezas pueden ser generalizadas sin escándalo ni sorpresa. Depende de como se aplique el pantalón a los trajes de mujer en los nuevos modelos.

¿Quién podría prever el uso de la melena a los extremos que ha llegado, y la misma adopción del cigarrillo en los delicados labios de las mujeres?

SECRETOS DE BELLEZA.—Un profesor en estética femenina dice, respecto a la generalizada costumbre de depilarse las cejas:

"Hemos visto cejas del todo borradas por efecto de las pinzas, el depilatorio o la navaja, para poner en su lugar otras pintadas más o menos artísticamente. Conviene advertir a este respecto, que esta costumbre es difícil de seguir a causa de la rapidez con que las cejas se reproducen, de tal manera, que

> El vehemente deseo de ser feliz en amor es a veces un obstáculo para serlo.
>
> MADAMDE D'ARCONVILLE.

la piel pronto queda manchada o lastimada.

"Las cejas son un adorno necesarísimo en la cara, líneas que completan la expresión de los ojos y constituyen toda la de la frente.

"Bien puede peinarse las cejas y arreglarlas depilándolas moderadamente, hasta darles una forma agradable cuando no la tienen, pero no hay que convertirlas en dos ridículos hilillos que hacen parecer la cara vacua de expresión. Hay que advertir también que algunos defectos de la colocación de las cejas o de su espesor, hacen cambiar notablemente la fisonomía. El entrecejo cerrado avejenta, el demasiado abierto presenta una expresión infantil o tonta, si es muy exagerado; las cejas levantadas en su extremo prestan cierta expresión maligna, y las prolongadas hacia abajo, una expresión pensativa. De todos modos, es mejor dejar a las cejas su forma natural, adelgazándolas apenas si es muy igual su anchura cerca de la nariz como en los extremos, en ligera disminución y limpiando también el párpado alto con sumo cuidado, porque se corre el peligro de irritarlo y lastimar la piel, que es en esta parte del rostro muy fina y propensa a arrugarse.

"Antes de usar las pinzas, conviene ponerse unos paños mojados en agua caliente o un pedazo de algodón absorbente después un poco de coldcream o aceite de almendras, y pasados cinco minutos, se procede a la depilación. Después se pasa otro algodón mojado en una loción astringente, que puede ser compuesta de partes iguales de alcohol y agua de rosas."







SOMBREROS DE ESTACION

ESTOS tres interesantes modelos informan perfectamente sobre las características de los modelos de la estación, en que puede advertirse una hermosa variedad. El de la izquierda es una novedosa variante de toca, en que combinan con el mayor acierto bieses de crepe georgette con cintas de raso verde pálido. El del centro es una muestra del retorno del juvenil sombrero de ala ancha, dando además idea del estilo en boga. Y, por último, tenemos en el modelo de la derecha otro lindo modelo de sombrerito primaveral, cuya originalidad consiste en la combinación de dos telas del mismo color, y en cuyo sencillo modelo impone su elegancia la curiosa simplicidad del adorno

SECRETOS DE LA COCINA Y LA DESPENSA. — La sabrosa alcachofa debe guisarse del siguiente modo: Se monda cuando vaya a hervirse, nunca antes, y se pone a cocer en una cacerola con agua y leche en cantidad suficiente para que queden cubiertas. Una vez cocidas, se escurren y se sirven con salsa blanca.

—Para conservar los limones da buen resultado tenerlos en agua fresca que se renueva cada semana. De este modo, maduran bien y resultan de excelente calidad, pudiéndose conservar perfectamente varios meses.

— Para desplumar rápidamente un ave, sumérjase en agua hirviendo y déselo vueltas en todos sentidos. Las plumas resultarán entonces facilísimas de sacar.

— Las mondaduras de papas, cuando están secas, pueden ser utilizadas para encender el fogón, en vez de astillas.

— Cuando se cuece leche, salsa o cualquier substancia comestible, una bolita de porcelana, de esas que sirven para jugar los niños, metida en la vasija, remueve automáticamente el contenido de la misma e impide que se queme.

— Con agua amoniacada se limpian las manchas de grasa de los tejidos, colocando debajo de ellos un papel secante y pasando por encima una plancha caliente.

— Con una mota de lana impregnada en petróleo se hacen desaparecer de cristales y espejos las manchas que no se hayan podido quitar por otros procedimientos.

— Durante la limpieza de las casas deben tenerse las puertas y ventanas abiertas. Después sólo se abrirá lo necesario para que el aire sea renovado y la vivienda no se enfríe.

PLATOS Y GOLOSINAS.— Sopa primaveral. — Se cortan en cuadraditos zanahorias, nabos, papas, repollo blanco, lechuga, cebollas, puerros, y se ponen a hervir en agua con sal. Aparte se ponen a calentar dos litros de caldo, se le echan las legumbres y se deja hervir media hora. Se baten en la sopera cuatro yemas y un vaso de leche; se le echa sopa bien caliente, revolviéndola para que se mezcle.

Menuditos de aves con aceitunas. — Se salta en manteca una cebolla picada, se le pone jamón, los menudos picados, sal, pimienta y nuez moscada; se descarozan veinticuatro aceitunas verdes, se agregan a los menudos y se dejan cocer diez minutos con media copita de jerez

> Las mujeres se enamoran de los hombres, no por el mérito que tienen, sino por el que éstos encuentran en ellas.
>
> SAINT-PROSPER.

y un poco de perejil picado. Se sirve en cacerolita con huevos duros o estrellados.

Torta Inglesa. — Tómese una taza de manteca, dos tazas de harina, una de azúcar, pasas de Corinto, raspaduras de dos limones, una clara y cuatro yemas de huevos bien batidas y una cucharadita de bicarbonato; se mezcla bien todo y se pone al horno en tortera untada con manteca.

CORREO FEMENINO

Pocha (Tres Lomas). — Hágase enjuagues frecuentes de agua con sal y vinagre, lo cual tiene la propiedad también de afirmar la dentadura. 2º Aparte del régimen alimenticio, se recomiendan los ejercicios físicos; entre éstos, se le atribuye especial eficacia a uno que resulta un poco molesto, pero que se dará por bien empleado si da resultado; consiste en subir diariamente escaleras con el siguiente método: en los dos primeros días subir separadamente treinta escalones: los tres días siguientes, cuarenta; a los otros cuatro, sesenta; y desde el décimo día de empezar el tratamiento, subir todos los días, reposadamente, cien escalones, hasta conseguir la disminución de peso; es un ejercicio que requiere gran fuerza de voluntad.

Rulito (Rosario). — Lea lo que contesto a Pocha, más arriba.

Corazón que llora (Santa Fe). — 1º Para lubrificar los poros de la cara, lávese diariamente con agua de saúco, a la que añadirá diez gotas de tintura de benjuí, y dos veces por semana lávese con alcohol alcanforado. 2º He aquí como puede mantener un cutis fresco y fino: Ponga en infusión hojas de mirto y destile después el líquido resultante. Entre las buenas propiedades, tiene esta infusión la de exhalar un perfume muy agradable. Esta agua debe aplicarla al cutis todas la noches hasta que note el efecto deseado.

Morocha Correntina. — 1º Para las pecas, después de lavarse la cara todos los días humedezca la parte pecosa pasando sobre ella un algodoncito empapado en la siguiente solución: sublimado, cincuenta gramos; glicerolado de almidón, diez gramos; sulfato de cinc, dos gramos; agua de rosas, doscientos gramos. 2º No le recomiendo esa clase de polvos, pues se adhieren demasiado al cutis; más bien prepare unos con esta fórmula: ácido bórico, quince gramos; carbonato de magnesia, noventa gramos; flor de arroz, noventa gramos; almidón, noventa gramos; esencia de bergamota, diez gotas; esencia de limón, quince gotas. Vierta las esencias sobre el carbonato de magnesia. Todas las substancias han de estar bien tamizadas. Estos polvos se aplican después de pasarse por el rostro una ligera capa de coldcream.

Simpática Lectora Santafecina. — La leche de almendras se prepara empleando los siguientes ingredientes: almendras amargas mondadas, cincuenta gramos; azúcar, cincuenta gramos; agua, un litro. Se trituran las almendras con la tercera parte del azúcar y un poquito de agua en un mortero, hasta formar una pasta lechosa; se agrega el agua restante; se disuelve el azúcar y se cuela el líquido por una estameña. A lo segundo: Es preferible la aplicación de pañitos mojados de agua caliente sobre la cara. A lo tercero: Es lavarse como se hace comúnmente; puede emplear también duchas, después de las cuales debe aplicarse esta loción: tintura de mirto, quince gramos; agua de pimpinela, ciento veinte gramos; agua de flor de saúco, ciento veinte gramos; alcohol de cuarenta gramos, ciento setenta gramos, algalia, un decigramo.

Una Subscriptora (Chivilcoy). — El jersey no sólo se usa siempre, sino que está de moda, particularmente para los trajes de sport.

Alma Errante (Quemú-Quemú). — Las pestañas se arquean pintándolas una vez por semana con goma arábiga diluída en agua, empleándola ligeramente. No debe usar el agua oxigenada pura.

Lili (Capital). — El enrojecimiento de la nariz suele ser debido a la sequedad del conducto nasal o a la delicadeza excesiva de los vasos capilares. Contra esto puede emplearse con éxito una loción local preparada en la siguiente forma: borato pulverizado, diez gramos, fundido en ciento cincuenta gramos de agua destilada y mezclado con diez gramos de agua de Colonia buena. Humedézcase la nariz tres veces al día. Si el enrojecimiento proviniese del mal estado de las fosas nasales, que se inflaman, entonces es bueno lavarse con agua caliente las fosas nasales empleando una jeringa.

Blanca Nieve (Nueve de Julio). — La grasitud que el cabello produce sobre las prendas de lana, cuando no es mucha, puede sacarse simplemente frotando la parte manchada con miga de pan fresco.

Lirio Tigre (Chaco). — El apresto de las cortinas de crochet se consigue con almidón crudo, y también mezclando en el agua en que se enjuagan, después de lavadas, un poco de goma arábiga, pero no se planchan, se estiran solamente fijándolas con piolines, que se pasan por los costados. Así estiradas, para que no se deformen, se dejan secar.

IMPRESO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES LDA. S. A.